

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1928 Sábado 30 de Junio

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO

Salvador Díaz Mirón.....	Antonio Mediz Bolio	Gregorio Martínez Sierra, anarquista.....	Mario Santa Cruz
Correspondencia.....	J. Pijoán, G. Alemán Bolaños, R. Arévalo Martínez y Alberto Masferrer	Algunas observaciones sobre el <i>Mappamundi</i> de Hieronymus de Marini y el nombre Brasil.....	Rudolf Schuller
Revelación.....	Ljdia Bolena	La Doctrina Monroe y el Movimiento obrero (y 6).....	Vicente Lombardo Toledano
To scalp.....	Horacio Quiroga	El gobierno de los intelectuales.....	Azorín
Tablero (1928).....	Max Jiménez	La Edad de Oro.....	Eckermann (concluye)
Salvador Díaz Mirón.....	Salvador Díaz Mirón	INDICE del tomo XVI.....	
Página lírica.....	Blanca Luz Brum		
Recordando a Mariátegui.....			

ACABA de morir en Veracruz el más grande poeta contemporáneo de la lengua española.

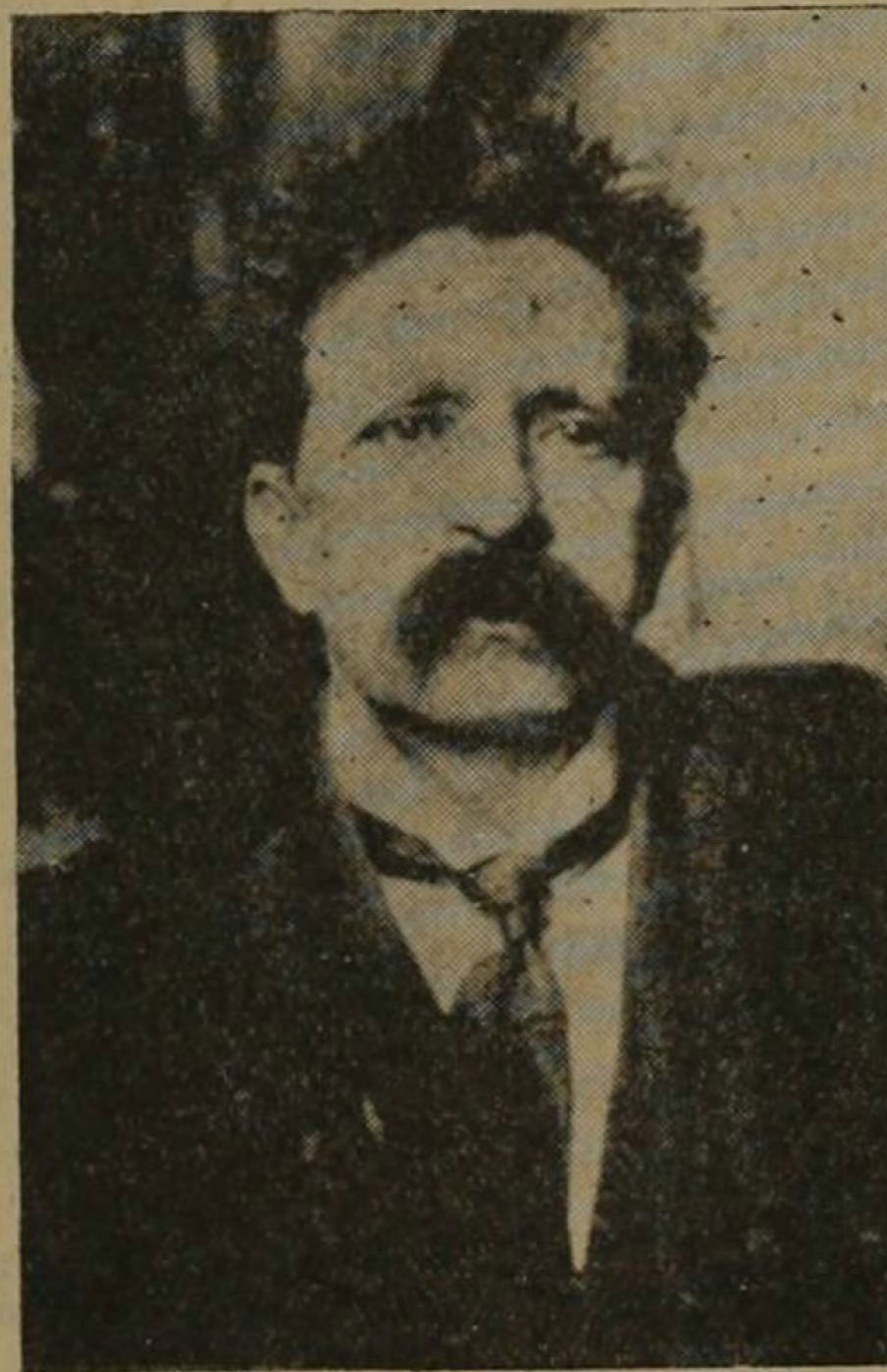
Es posible que esta afirmación, por mi parte profundamente sincera, sea contradicha con razones y, tal vez, con razón. Pero es para mí, y para otros muchos, artículo de fe y enunciado de honrada convicción que es hora de proclamar sin reservas.

De un siglo para acá, cuando menos, las más grandes figuras de la lírica castellana las ha dado América. Y entre ellas, más alta que todas, se levanta Salvador Díaz Mirón. El sólo tiene, en el supremo grado, las calidades esenciales de un poeta por excelencia.

Suyas son, como de ninguno han sido, la fuerza, la elegancia y la ternura; suya es la emoción más sutil de la belleza y suyo el dominio imperial de las palabras.

Tan artista como el maravilloso Rubén, lo supera en el músculo de las alas y en el poderío de la personalidad; tal vez la rutilante imaginación del incomparable Chocano,—de quien fue el primer maestro,—pueda en ocasiones deslumbrar los ojos un poco más que la suya y dar a los sentidos del alma una sensación más aguda y más imprevista. Pero la médula de león del concepto, la amplitud de la visión, la pureza impecable de las formas estéticas, y a la vez el arrebató lírico que se transmite con el sagrado escalofrío de lo sobrenatural, todo eso, en Díaz Mirón, es todavía más alto y está más profundamente poseído y logrado.

Es, además, por su temperamento y por su mentalidad un poeta americano por propia naturaleza, que produjo un arte de carácter universal lleno del pensamiento y de la luz de la América, de que es insuperado cantor, por misión celeste, el



Salvador Díaz Mirón

glorioso peruano que, ahora sin par ni émulo, asume el señorío de la lírica española.

Hace veinte y cinco años, llegaba yo, por primera vez, de la quieta curiosidad de mi provincia a la rutilante capital. Busqué, ávido, a los grandes hombres, vistos como en sueños, a través de los libros y los periódicos. Ningún muchacho, provinciano y escritor, ha dejado de sentir esa impaciencia. Fuí a buscarlos a los cenáculos, a las redacciones, a los cafés, a sus casas. Unos correspondieron, en lo humano, a mi ilusión. Otros no. Sobra que lo diga.

Pero mi más irresistible deseo era ver y hablar a Salvador Díaz Mirón. Mi fantasía, impresionada exaltadamente por su personalidad y una encendida devoción por su arte po-

derosísimo, me hacían sentirlo —como hasta hoy lo siento— un ser extraordinario. Nadie era para mí lo que él.

Y no sabía como hacer para verle. Había llegado a México esos días, de su florido retraimiento de Jalapa, llevado por la agitación política que comenzaba a urdir la última reelección del general Díaz. Y supe que habitaba en el Hotel Iturbide, entonces centro de los personajes que venían de los Estados. Rondaba yo los corredores del hotel, me estacionaba en las puertas, le acechaba a las horas de las comidas. No podía pescarle nunca. Por fin, Ciro B. Ceballos el vigoroso y rebelde escritor, supo mi afán y se ofreció a ser mi padrino. Según él era cosa muy simple. Todo sería ir de mañana, a la hora del desayuno, al cuarto del poeta. El era llano y bondadoso. Le gustaba hablar con

los jóvenes. Me recibiría muy bien. Sólo una recomendación: No interrumpirle cuando hablara... ¡Qué más quería yo, que hablara, que hablara todo el día y que me dejara escucharle!

Al otro día, como a las once, entraba yo, tras Ciro Ceballos, y temblando de emoción, a la alcoba de «Salvador» como él, causándome envidia, decía familiarmente.

El poeta, todavía en la cama, estaba solo. Se incorporó, echando al aire su gran melena negrísima, cubriéndose el hombro con la manta, como con una toga griega; brillantes los ojos; una levisima sonrisa bajo el mostacho mosquetero; fuerte, varonil, majestuoso. Sin atender a Ceballos que decía: «Médiz Bolio, un muchacho poeta, que le quiere conocer»... me tendió su mano, y estrechó la mía, mirándome *de una vez*, de un modo magnético y penetrante que no he olvidado nunca. Y me dijo sólo: «síntese». Yo me senté y me puse a mirarle y a escucharle, porque ya estaba hablándole a Ceballos. Sonaba vigorosamente su voz, noble y clara; sin vacilar, frase tras frase, parecía que iba diciendo una arenga; pero sin un asomo de artificio; accionaba con la mano libre, en gestos rotundos y ágiles, como si estuviese frente a una multitud. Y hablaba de cosas que no parecían en sí muy interesantes, pero que se escuchaban engrandecidas y bellas en sus palabras. Relataba un lance personal pendiente con un diputado. Se exaltaba a veces; adjetivaba acremente, con el mismo acento que si ya fuera a reñir. Luego se retrotraía a un tono más suave y luego subía otra vez, esculpiendo en hierro ardiente cada concepto. De pronto se volvía a mí, como si yo fuera un interlocutor. Yo no pestañeaba siquiera. Ceballos apenas dejaba ir un monosílabo de aprobación. El poeta

seguía diciendo su arrogante discurso.

Por fin, se interrumpió él mismo y preguntó a Ceballos de alguien que había publicado recientemente un libro de versos. Y el caudal de su plática corrió entonces impetuoso por el cauce de la literatura. Yo me bebía sus palabras. No pude decir una sola.

Eran ya las dos de la tarde. Llegó un amigo mío, muy devoto del poeta (el hoy General Alejandro Mac-Kinney). Entonces Díaz Mirón hizo su toilette, se vistió y se cubrió con su abrigo negro sin dejar de hablarnos, deteniéndose sólo en brevísimas pausas. Mac-Kinney nos llevó a comer a la vieja «Concordia», que desde hace tiempo ya no existe. Allí el poeta tornó a volverse a mí y me hizo sentar a su lado. Yo seguía silencioso y arrobado oyéndole. Al cabo, le hicieron hablar de sus versos. Acababa de salir *Lasca*s, levantando un revuelo de asombro. El poeta confirmó el anuncio de *Triunfos*, y de *Astillas*, dos libros que nunca llegaron a publicarse. Desde entonces estaban hechos y puliéndose en las manos del soberano artífice, dueño de una intolerante elegancia, que nadie ha igualado aún, y pleno dominador de lo más recóndito del idioma, con una fuerza y una finura que nadie ha podido aprender todavía.

Recitó, sin que se lo pidieran, la maravilla de *Vesper*. Luego ante dos o tres amigos que se acercaron, implorantes de oír, otros cuatro o cinco poemas. Y de pronto, en un silencio, volviéndose a mí y mirándome fijamente, me habló por primera vez, directamente.

—De modo, que usted es poeta?

Yo enrojecí. No supe que responder. Balbuceando dije:

—Escribo versos...

Y él:

—¿Ya la gente los dice de memoria?

Yo, que me sentía frente a una autoridad casi divina, solo pude contestar:

—No sé, señor...

—Ah—repuso—cuando usted sepa que los que no le conocen siquiera, recitan sus versos, crea en que es poeta. Mientras tanto, dúdalo... ¿Por qué no me dice una cosa suya?—

Esto era demasiado para mí. No podía mi vanidad haberlo previsto. Y me aturdí. Mac-Kinney, mi paisano, vino en mi ayuda. Me dijo un título de unos mis versos románticos recientes que él conocía. Y sin esperar más, los recité.

Díaz Mirón tendió sobre mi espalda su brazo y me estrechó paternalmente. Me dijo un elogio. Yo estaba sobrecogido y no sabía si soñaba.

Al llegar la noche, cenábamos en la misma mesa en que comimos, sin habernos levantado. No fué sino hasta cerca de la madrugada que, cruzando la calle, despedimos a Díaz Mirón en la puerta del hotel.

Yo fui a acostarme, lleván-

dome dentro una impresión tan honda que no se ha borrado jamás de mí.

Después, hombre cuajado, tuve la amistad paternal de Díaz Mirón. Conocí su vida inquieta y altiva, y su corazón atormentado y profundo. Me llamaba «hijo», y me tuteaba como a los que él quería. Yo lo quise cada día más. Le ví envejecer y sufrir. Se hizo cada vez más sereno, más tolerante y más piadoso. Aprendió a perdonar y a olvidar. Olvidó, por fin, hasta su gloria y no quiso sino un poco de paz. En ella ha muerto.

Ha muerto en paz; en el suave crepúsculo de una cálida vida de batalla y de romance; en la que, como un caballero florentino del Renacimiento, alternó la brava aventura y el arresto riesgoso y varonil con el retiro místico en que su mano, libre del guantelete de hierro, cincelaba y pulía camafeos deslumbrantes.

Su juventud fué toda un ruido de combate. Sus primeros versos de bronce y sus arengas encendidas sonaron frente a las multitudes de siervos, arrastrándolas magnetizadas a la rebeldía. Supo, como D'Annunzio,

la gloria de tener «un pueblo a sus espaldas». Supo la embriaguez del amor de las mujeres y sintió delante de sí el respeto de los hombres.

México le debe, en los primeros días oscuros de la gran tiranía, las voces más ardientes de protesta, enrostrándose, lleno de noble valor a las carabinas de los pretorianos y desafiando la sombría persecución del porfirismo inicial, que estaba fundando la «ley fuga». Los tumultos estudiantiles y los motines populares del 80 al 90 le tuvieron como tribuno y como caudillo. Los jóvenes le amaban y le seguían. El célebre canto de González Mier frente al túmulo de Lerdo de Tejada, férvida admonición de justicia, pertenece a la escuela espiritual de Díaz Mirón. Los discursos de Diódoro Batalla en las calles de México, conduciendo a los preparatorianos a protestar contra «el niquel» y «la deuda inglesa», fueron también las chispas del fuego encendido por el poeta en el corazón de la juventud.

El Dictador le temía como a pocos. («Siempre que habló Víctor Hugo—tembló Napoleón Tercero») Ni las cárceles ni el acoso quebrantaron su ardimiento. El fuero de su gloria le protegía como a Per-

seo el escudo de Minerva y no pudieron asesinarle. Y la astuta sabiduría del «Caudillo», que no pudo corromperle con el oro ni debilitarle con el grillete, adivinó por fin que el punto vulnerable del Aquiles lírico estaba en el corazón. Y allí supo llegarle, en la última hora cuando ya las decepciones y el íntimo dolor habían suavizado la entraña del caballeresco paladín. El poeta de las *Voces interiores*, y del *Canto a Gloria* fué por esa época el estu-pendo artista, que después de haber forjado y templado la hoja de su espada en inquebrantable y limpio acero, se encerró a labrarle un rico y radiante puño en prodigios de gemas y tallados. Se alzó el poeta de *Lasca*s que a pesar de todo su refinamiento y su ponderación, nunca pudo ser cortesano. Todavía en 1910 pronunciaba discursos en la Cámara de Diputados, poniendo su pistola sobre la tribuna. Todavía entonces fué desafortunado y encarcelado en el calabozo de donde le sacó Madero.

Después del asesinato del Apóstol, la vida pública de Díaz Mirón se obscurece... Sus rumbos se equivocan. Hay momentos en que se le ve inconscientemente inconsecuente consigo mismo. Luego, va al destierro voluntario, y por fin, regresa al seno de la Patria, que sin ver en él otra cosa que su gloria y su grandeza en el arte, le afirma en la frente el laurel y le hace un amoroso lecho de flores en el que se recuesta, silencioso y solitario, a esperar la hora del tránsito a la inmortalidad, en su bienamado puerto de Veracruz.

«Al que a un tiempo la gloria y el clima—adornan de palmas la frente».

La grande obra del gran poeta tiene dos partes; una conocida hasta la popularidad, que hizo su nombre oírse en los clarines de la más sonora fama, sobre todas las tierras en que se habla castellano. Darío, Chocano, Lugones, Valencia, Neruo, Urbina, comenzaban a ser dioses mayores todavía.

De esta época sigue un largo y laborioso silencio. El poeta entra dentro de sí mismo y se libra a una tarea dulce y ardua, radiante de poder y de entusiasmo. De ella viene la aparición de *Lasca*s en que esplende como un joyero abierto al sol, la impecable y purísima y mágica obra del artista que transmutó del acero al oro, en maravillosas alquimias, la fuerza y la belleza de su mismo numen.

Luego, uno tras otro, de diez a veinte poemas, que cada uno vale por la obra de una vida.

Logró plenamente el triunfo sobre la forma: el don de sujetar el potro indómito y reducirlo a una estatua en que el vigor se deshace, sin perderse, en deslumbrantes líneas; la absorción del color que se devuelve en iris; la

PINTURA DECORATIVA

Rótulos — Anuncios Comerciales Artísticos

LIDIO BONILLA P.

Pintura escenográfica - Dibujo en todo estilo para grabados

125 vs al Sur de «El Aguila de Oro»

Quien habla de la

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada,

Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

música del universo que se ordena en sinfonías magnetizantes, y el trueno antiguo abrigado y afinado en el relámpago esclavo de la emoción.

Allí está esa obra, que ahora volará por el mundo para que reverdezcan los lauros excelsos del inmenso poeta, que vivió como un caballero reñidor y romántico; que tuvo de la existencia un concepto ardiente y tumultuoso; que, como Leonardo de Vinci, fué matemático y astrónomo, y maestro; y como un Médicis jugó con la belleza y

con la muerte; que llevó las armas en el cinto para velar por la honra como él la sentía, y que, como un buen mosquetero, tenía en el corazón mieles inagotables de bondad y de ternura, que a veces se filtran en el río pujante de sus cantos, por los que parece siempre que pasa un león coronado de rosas.

* * *

Bajo las estrellas del trópico va mi dolor a buscar la tumba de mi gran Maestro y amigo y, desde aquí, mi alma se pone de rodillas...

Antonio Mediz Bolio

San José, Costa Rica
Junio 26 de 1928.

Correspondencia

Hacia un ideal práctico

Yo quisiera escribir algo apropiado de este deseo que se manifiesta de espiritualizar nuestra América, para que pueda resistir más el ataque de la del Norte. Cuántas cosas se podrían decir acerca de este punto. Primeramente la América del Norte o los Estados Unidos no es un país materialista que contrasta con la América nuestra—que aun cree en Jesucristo y habla en español.—La América del Norte, según el poeta de Nicaragua y París, carece de una cosa: Dios!!!—Poético de certamen suena esto hoy! Que los Estados Unidos ponen la bala pero no creen en Jesucristo y nosotros sí—y que hay que ser espirituales porque ellos son materialistas. Tener Dios y creer en Jesucristo, para Rubén Darío quería decir pasear el domingo después de la misa con una muchacha, o ir a beber cerveza después de la comunión haciendo chistes en español.

Si juzgamos por los de arriba, no sé quiénes son más espiritualistas, si los banqueros de Wall Street o los fascinosos caudillos que se han hecho tiranos. Y si juzgamos por los rotarians, clubs de mujeres pedantes, fraternities de estudiantes, también en esto nos ganan.

Hay que ser más espirituales, sí, porque la balanza cae siempre del lado del espíritu—pero hay que recordar que el espíritu se ha de encarnar en un cuerpo, que en la vida social quiere decir una fe política. El día que la América española tenga clara y concretamente un programa para el porvenir—que no sea sólo una mesa vuelta de ideas de segunda o tercera mano—este día tendrá espíritu y podrá resistir al coloso del Norte. Recuérdese que la revolución turca se hizo con dos palabras:—Unión y Progreso—y si queda algo de Turquía se debe a ellas. Los Derechos del Hombre—la Libertad, Fraternidad, Igualdad, fueron, cosas sino claras, por lo menos

creídas. Hay que encarnar e porvenir en una idea y esto sin hacer violencia—por conversión y metamorfosis. Y es triste decirlo, pero no se nota en la América Latina el deseo de esta dolorosa y divina experiencia. Los que hemos podido comparar en las universidades de la América del Norte a los estudiantes chinos con los de la América del Sur, comprendemos porqué la estrella chilena o peruana se hunde en el horizonte y en cambio se ve aparecer el chino sol, usando siempre los términos de Rubén Darío. Los chinos saben que tardarán más o menos, pero el porvenir es suyo—y lo desean,—y al desearlo lo desean de un modo determinado—no sólo una China para los chinos sino una nación mejor que las demás naciones antiguas. Variarán en lo de atacar al capitalismo ahora o más tarde, pero saben que el presente régimen no es una maravilla y hay que probar otro. Están convencidos de que la vieja religión tendrá cosas buenas, pero hay algo mejor en perspectiva. Y saben que es del valor individual que toma peso y sabor la masa y que cada uno debe ver lo mejor, etc., etc. Pero esto es en la China!

J. PUJÓAN

(Fragmento de carta al Editor. del Rep. Am.

Réplica

Guatemala, 29 de Mayo de 1913.

Sr. don Joaquín García Monge,
San José, Costa Rica

Estimado señor Monge:

Escribe a usted Avilés, uno de los que plumean en Nicaragua, y, como usted publicó eso, cabe que dé a la imprenta lo que va enseguida:

Dice Avilés: «De lejos se pueden escribir frases sonoras sobre Nicaragua», quizá de le-

jos se escribiesen, pero dentro de Nicaragua sonoras como un bombo repercuten las frases, y Avilés es un fabricante de ellas.

Habla Avilés de «el dolor» de los que están dentro de Nicaragua. ¡Dolor! Si acaso, llanto de tripas podría decirse!...

Reclama Avilés que en Managua no hayan tantas legaciones como Estados se cuentan en América. ¿Para qué? pregunta. No creo valiese la pena que representantes extranjeros fueran a presenciar el apetito de los degenerados.

Dice Avilés con una frescura de cucurbitácea: «No tenemos ningún compromiso con Estados Unidos». Quien afirma eso no tiene derecho a que se le tome en cuenta. Y agrega Avilés: «Nada les hemos ofrecido (a los Estados Unidos)...» Señor García Monge, lectores del Repertorio, ¿se han reído ustedes?...

Avilés se incluye y habla de «los nicaragüenses que queremos la paz...» Hay quienes no saben lo que quieren y ese número es infinito en Nicaragua, e inclúyase en él al señor Avilés.

Y, don Joaquín García Monge: mientras toleremos frases engañosas, cómplices seremos de engaños a porrillo. Ya en Nicaragua nada existe con verdad, sino una mentira inmanente. Vea a Juan Ramón Avilés tratando de llevarla al Repertorio en una carta que a la legua se denuncia. Los hechos están demostrándolo, y puedo entrar al análisis de los modeladores de la mentira en Nicaragua.

Soy su affmo. estimador,

G. ALEMÁN BOLAÑOS.

Que la justicia de nuestra causa sea conocida

Guatemala, 5 de Mayo de 1928.

Sr. don Joaquín García Monge,
San José, Costa Rica.

Mi noble amigo:

Sé que usted es un buen hijo de Centro América, amigo de la justicia y la verdad: por eso me permito enviarle dentro del mismo sobre que ésta, copia de la carta que escribí a don Saturnino Rodríguez Canizales, Director General de Correos de El Salvador, así como de los argumentos en que estribó la defensa patria el Licenciado don Carlos Salazar, Jefe de la Delegación Guatemalteca para el arreglo de límites con Honduras, y algunos folletos y recortes más. Le va este envío con un deseo igual a aquel con que lo hice a Rodríguez Canizales, de que la justicia de nuestra causa sea conocida en ese país hermano de Costa Rica, para quien siempre ha tenido Guatemala afecto; y a quien en ocasiones supremas supo hacer justicia.

Nosotros ahora, en época de prueba, necesitamos circunstancias de justicia y de equidad tan trascendentales, como las

que concurrieron a definir los límites de Panamá y Costa Rica y que llenaron a este pequeño gran pueblo de gratitud eterna para Charles Evans Hughes. Usted comprenderá este mi grito de patriotismo.

Si usted, con su clara inteligencia y gran corazón se convence de la verdad de nuestra causa, yo, como centroamericano y aún personalmente, como amigo suyo, le suplico vea en qué forma nos puede ayudar.

Hacer justicia en Centro América en contribuir a nuestra unión deseada. Nada puede separarnos más que un acto de injusticia.

R. AREVALO MARTÍNEZ

P. D.—También me permito llamar su atención sobre el recorte que se refiere a Soto Hall.

Guatemala, 2 de Mayo de 1928.

Sr. don Saturnino Rodríguez Canizales.—San Salvador.

Mi noble amigo:

Me apresuro a complacer su petición, pues Ud. comprenderá los deseos que hoy tenemos los guatemaltecos de que la justicia de nuestra causa sea entendida en ese país hermano de El Salvador, que en los últimos tiempos hemos procurado vincular a nosotros con lazos de amistad y de simpatía; y que hemos procurado conocer estudiando su literatura y todas sus manifestaciones de fuerza y de vitalidad.

Favorecen nuestra causa no solamente los documentos a que apelamos, y de los que en parte usted podrá darse cuenta por las copias que le envío, la tradición, la posesión, la jurisdicción eclesiástica de la arquidiócesis de Guatemala, y la prueba que aportan los protocolos antiguos, sino también razones tan ostensibles que hasta alejados pueblos de sud-América se han dado cuenta de ellas. Honduras tiene quinientas unidades de costa atlántica por cincuenta que nos corresponden a nosotros, es decir, diez veces más; el Merendón es una valla natural; y el Motagua por tener un curso móvil y por dejar en posición estratégica indefendible nuestro territorio y nuestro ferrocarril, no puede en ningún caso ser un justo límite. Y estas razones, que me permito llamar sentimentales, han logrado impresionar a nuestro favor a lejanos países que no pueden conocer otras más poderosas de equidad y de justicia que nos asisten. Me permito llamar su atención sobre el recorte que se refiere a Soto Hall, que es una voz lanzada desde la Argentina por el hijo de un hondureño a favor nuestro.

El pueblo salvadoreño, que no ignora que sólo las causas justas obtienen a la postre la victoria, sabrá darnos la razón.

Le envío todo lo que he po-

dido obtener hasta hoy que pueda ilustrarlo en la materia, proponiéndome remitirle en lo porvenir todo lo que con referencia a ella llegue a mis manos, y suplicándole se fije especialmente en la poderosa argumentación del Jefe de la Delegación Guatemalteca para el arreglo de límites, Lic. don Carlos Salazar.

De usted con todo cariño, atto. S. S. y amigo,

R. AREVALO MARTÍNEZ

La lección titánica de Sandino

San Salvador, 24 de abril de 1928.

Querido amigo Froylán Turcios.

Tegucigalpa.

Hará unos quince días envié a usted un lote de mis libros, por correo certificado, cuyo detalle es el siguiente:

5 ejemplares de <i>Estudios y Figuraciones sobre la vida de Jesús</i> , a ₡ 2.00 c/e... ₡ 10.00	
5 ejemplares de <i>Las Siete Cuerdas de la Lira</i> , a ₡ 2.00 c/e... 10.00	
15 ejemplares de <i>Ensayo sobre el Destino</i> a ₡ 1.00 c/e... 15.00	
100 ejemplares de <i>La Religión Universal</i> , a ₡ 0.20 c/e... 20.00	
Suma	₡ 55.00

Mi deseo es que se tome la molestia de vender esos libros en su librería HISPANO-AMÉRICA, y que su producto se aplique a los gastos menudos de su *Revista Ariel*, que ha llegado a ser, gracias al valor y a la nobleza

de Ud., el órgano genuino de la Independencia Hispano-Americana.

Mejor habría sido para mí enviar esa pequeña contribución en dinero; pero no lo tengo disponible, y me dolía retrasar demasiado este acto de presencia que mi corazón me estaba reclamando imperiosamente. Quede entendido que Ud. es dueño de vender esos libros al precio que se pueda, ya que, de todas maneras, el valor de mi ofrenda, como ayuda pecuniaria, es insignificante.

Estoy encantado, querido Poeta, de ver con qué fervor realiza usted la misión de servir con todas sus fuerzas en la empresa del General Sandino, que es en estos momentos la más noble y más alta, después de la que dirige Mahatma Gandhi en la India contra Inglaterra, —el otro Imperio rapaz de raza anglosajona, que oprime y absorbe al Asia, así como el de aquí oprime y absorbe a nuestra América. Así se ha elevado usted al nivel de la Poesía Excelsa, que es convertir en carne y sangre lo que antes fuera no más que ritmo y rima.

El triunfo de ustedes está ya consumado: sea cual fuere el incidente final de esa lucha, la lección titánica de Sandino a los pueblos de Hispano América, ha sido plenamente enseñada: es que se puede, que se puede. La América Indo-Hispana no necesitará más que una hora de valor y de hidalguía para extraer, fácil y abundantemente, los frutos de esa heroica enseñanza.

Querido amigo: que la conciencia de su deber altísimo lo sostenga y aliente.

Afectuosamente suyo,

ALBERTO MASFERRER.

allí, inalterablemente tranquilo, y apenas si en su haber amoroso sumábanse unos cuantos devaneos superficiales de esos que ni causan desazones ni provocan hondos suspiros! No sin orgullosa complacencia, cuando de la enfermedad de los Dioses se hablaba, solía decir el maestro:—¿Amores que turben la calma y el sueño? Puras imaginaciones, señores. De mí puedo decir que no les conozco. Las conmociones hondas de mi ser las debo solamente a la buena música, a sus creaciones excelsas!

Pero ¡vaya! que para todas las almas suena el repique de Navidad y hora llegó en que la naturaleza de don Pedro Félix sufrió una completa transformación; día en que los Rossini, Gounod y demás magos del pentagrama perdieron su absoluto dominio sobre ella. Hubo en el pecho del profesor un despertar de sensibilidades desconocidas, un brote de sentimentalismo, una invasión de anhelos ardientes que le asustaron.

Y es que las rachas postreras de juventud interior cuando ya el cuerpo se inclina y la cabeza está salpicada de escarcha, suelen traer profundos dolores!

La hermosura precoz de una de sus jóvenes alumnas, la señorita Evelina Dussán, fué la preciosa causa del desvarío y una serie de agudas impresiones fueron para el profesor las horas de lección. La figura gentil de su discípula, así tan cerca de él, dejándole sentir toda la frescura perfumada de sus encantos núbiles, le desconcertaba; y el brillo ingenuo de las pupilas añiladas de la muchacha, le producía efectos hipnóticos.

Como el maestro se distraía, la chica ejecutaba a su antojo y los *allegros*, *moderatos* y *pianísimos* quedaban en el olvido, lo que hacía exclamar a la señora Dussán dirigiéndose a su marido:—Esta niña no adelanta en el piano; de Morán no sirve ya, se descuida, está perdiendo las energías.

Y un día en que Evelina observó a su profesor en uno de esos momentos en que la miraba absorto, brotó de sus labios color de múrice—probablemente fueron así aquellos que pidieron la cabeza del Bautista—la misma pregunta inquieta:

—Por Dios!, don Félix, qué le pasa a Ud.?

—Nada, señorita, nada—respondió él frotándose los ojos—y agregó: que no veo, que me vuelvo viejo, que no oigo...en fin! Cambiemos esa fantasía que estáis aprendiendo, es muy dulzona...Ejecutad algo de Wagner, más fuerte! Permitidme, voy a indicaros el aire, el estilo, así...

Y don Pedro Félix de Morán, sentándose ante el piano, apoyó sus manos en el teclado y tocó con violencia. Las notas brotaron en tropel, vigorosas, rotundas, precisas, vibrantes, cuándo como imprecaciones, cuándo como un reto, cuándo como blasfemias!

Allá en los corredores interiores de la casa los padres de Evelina se preguntaban sorprendidos:

—¿Quién tocará con tanta vida...?

Lydia Bolena

San José. Costa Rica.

Revelación

Por Dios, don Félix, qué le pasa a Ud.?

Tarde y mañana hacíanle esta pregunta a don Pedro Félix de Morán, sus amigos del Casino.

Con el tono apacible y cariñoso que para su dicha no le abandonaba y que le atraía la simpatía de cuantos le trataban, aquél contestábales sonriendo y medio turbado:

—Que me vuelvo viejo. Queréis más...? Viejo, viejo, sí, amigos...

Empero mucho distaba la melancolía que se apodera del espíritu por la fuga de la juventud, de aquella que como un velo místico había caído sobre la faz de don Pedro Félix, tornándola de plácida y serena en mediatunda y tristonía. ¿De dónde partía entonces el extraño achaque...? ¿Qué mosca había picado a de Morán...?

Un viejo socarrón de esos que entre sorbo de café y bocanada de humo hablan de la vida con experiencia sutil y propia, deslizó la idea de una pasión tardía.

Zahorí resultó el malicioso vejezuelo porque don Félix estaba, en verdad, enamorado como un colegial tarambana, él que ya contaba más de medio siglo!

Y gracias si aún le quedaba el razonamiento suficiente para ocultarlo, temeroso de que se hiciera del culto de su corazón tema para zumbas y comentarios.

Eminente músico, de Morán dedicábase a la enseñanza del arte sublime habiendo sido su vivir, hasta

Consultorio Optico "Rivera"

EXÁMENES DE LA VISTA - ANTEOJOS Y LENTES DE TODAS CLASES

EXACTITUD Y PRONTITUD

Especial atención en el desarrollo de recetas de los Señores Médicos Oculistas

GEMELOS DE TEATRO Y CAMPO - MICROSCOPIOS - LENTES DE LECTURA

Guillermo Rivera Martín

Optico del Colegio Nacional de Jena, Alemania

Aprobado por la Facultad de Medicina de Costa Rica

SAN JOSE DE COSTA RICA

CORREO 349

To scalp

= De Caras y Caretas, Bs. Aires =

A CONTECE a veces que un hombre perfectamente fresco de cuerpo sube al tranvía para hacer tres cuadras, porque lleva el alma muerta de fatiga. Podría marchar largas horas sin cansarse, pero no tiene ánimo para desearlo. Sabe que su punto de destino está a sólo cuatrocientos metros y ha tomado el tranvía.

No ha sufrido nuestro hombre en ese día disgustos mayores que los que depara el comercio de los hombres. Ni su labor habitual, ni las contrariedades, ni los desencuentros, ni las citas falsas, ni cada uno de los mil pequeños desengaños del hombre contemporáneo al concluir su diario aporte a la vida, han colmado su alma más de lo preciso.

Está enfermo tan sólo del momento actual. Sufre la profunda fatiga del hombre que afiliado a una carrera diaria que exigiera cuanto es y hay en él, hallara en la meta por constante y estéril premio a su esfuerzo, esta sola palabra: Civilización.

Nuestro hombre logra apartar de la ventanilla su frente cruzada de arrugas, y vuelve los ojos al interior del tranvía. No es él sólo quien lo ha hecho. Otros hombres, posiblemente cansados como él, fijan a su vez la mirada en una joven que acaba de subir al coche y de sentarse con extrema modestia en los primeros asientos. No se le ve el rostro; acaso no sea bella. Esa criatura, sin embargo, sobre cuyas espaldas las miradas masculinas se detienen, se suavizan, se aplacan, ha realizado ese milagro merced a la modestia, tan tímida como su actitud, de ostentar una antigua, larga y pura cabellera.

Para los hombres fatigados de ese tranvía, aquella criatura representa lo contrario de la civilización.

La melena marca en nuestra época el índice exacto a que puede llegar la rebelión de la mujer para no envejecer. Nadie puede engañarse con la argumentación femenina sobre el tópico: comodidad, facilidad, etc. La razón pura y exclusiva de su imperio radica en que gracias

a él las madres puedan parecer tan jóvenes como sus hijas, las ancianas tan adorables como las niñas. Melena y pollera corta son factores de la misma coquetería, de la misma esperanza y del mismo monumental engaño. Una cabeza muy joven puede verse desprovista de cabello, y ofrecer todavía algún encanto; pero no son las adolescentes quienes se desviven por esa masculinización del rostro, sino las damas maduras, — solteras, casadas o abuelas.

La melena favorece el yerro sobre la edad, conturba el golpe de vista masculino, aureola de juventud a decrépitas damas; y éstas son, ágiles aun por su flacura, ligeras por la falda, infantiles por la cabeza, quienes propalan, sostienen y defienden este mortuorio símil de juventud.

Una dama nos ha dicho al respecto:

«Se equivocan ustedes al juzgarnos así. La melena no es sino una de las expresiones de simplificación que caracterizan la vida moderna. Literatura, música, mobiliario, todo tiende a lo simple y estricto. Basta observar el traje femenino, reducido a las más simples líneas, para juzgar por él esta ansia de depurarnos de todo lo incómodo y excesivo. No tenemos tiempo para peinarnos. De esta prisa para vivir, para leer, para desembarazarnos de las cargas de la familia, si usted quiere, ha nacido la melena, que todas las mujeres deberíamos erigir en símbolo de una nueva existencia, y de individualidad y frescura reconquistadas.»

Bien. Quien así nos hablaba desde lo alto de su prisa liberadora, era una ya anciana señora de vestido a la rodilla y de melena, pero cuyos negros párpados al kohl, y cuyos rojos labios en cupido, habían requerido más tiempo ante el espejo que el que perdieron estérilmente sus cuatro hijas, sin lograr igual seducción.

Pues por ley de compensación, la flapper de este instante recarga de rojo batallante un rostro al cual la cabellera no presta ya suficiente femineidad. Cuanto más corto es el pelo y más hombruna la cabeza, más oscuras son las bocas y más turbadora es la expresión. Lógrase

con ello acentuar un sexo cuyo exterior se desvanece; llegando así la mujer supercivilizada a constituir un ser híbrido, que de la mujer no ofrece sino la presunción, y del hombre, el equívoco.

«¿Pero no son ustedes acaso— objetábanos otra dama— quienes fomentan, aceptándolas como dulces corderos, esta moda que tanto les disgusta? ¿Dónde ha observado usted variación alguna en las maneras y proceder del hombre respecto de la mujer; un cambio en sus palabras, en sus deseos? ¿En qué ojos de varón ha notado usted ese casto disgusto por la melena, a que hace usted referencia? ¡Ah, señor! La juventud tiene privilegios, y se necesita ser también joven para apreciarlos.»

¡Ah, señora!, hemos pensado nosotros. No es su juventud lo que está en juego, sino algo más eterno: la eterna y dulce silueta femenina cuya visión hemos heredado y llevamos en la sangre desde la infancia del mundo. Los sexos tienen distin-

tivos también eternos, y no es posible trastocarlos sin herir el sexo mismo. En la mujer, la cabellera constituyó siempre el encanto más exaltado, besado, llorado. Si se borra de la poesía humana cuanto concierne al cabello de la mujer, no nos quedará de todo el pasado amor sino cabezas semi rapadas, semi peladas— como las que actualmente distinguimos a diario.

Día llegará, señora mía, en que un hombre sediento de amor se alce en vano sobre sus pies buscando desesperadamente algo que recuerde a una mujer, y no lo hallará. Así y todo seguiremos amando, porque el instinto fatal de los sexos nos hace adivinar una mujer, allí donde la misma ilusión naufragó. Pero esté usted segura, señora, de que todo hombre al cual la dialéctica seductora o violenta de su esposa escarpelada no ha tornado mudo y ciego, sentirá siempre ante la modesta chica de grandes trenzas que viaja en el tranvía, a la entera y completa mujer.

Horacio Quiroga

Tablero

= 1928 =

Referencias.—Jorge Simmel ha escrito una página certera acerca de esto en su *Filosofía de la coquetería*. «La capacidad de entregarse en el acto amoroso—dice Simmel—es en la mujer tan profunda y entera, y expresa de modo tan completo su esencia, que acaso no pueda el hombre, en este sentido, igualarla jamás». Cita de *Gustavo Pittaluga*.

Ella (Rosa Luxemburg), que había dado al socialismo «la obra más genial y profunda después de *El Capital*, de Marx», según apreciación del historiador Franz Mehring, *La acumulación del capital*, sabía descender al terreno de la controversia popular y ponerse al nivel de cualquier compañero albañil o mecánico a quien le interesase convencer.—Cita de *Julio Alvarez del Vayo*.

El editor Gleizer, de Buenos Aires, nos ha remitido para la venta las siguientes obras:

Leopoldo Lugones:

Las fuerzas extrañas . . . \$ 5.00
Lunario sentimental . . . 5.00
El libro de los paisajes . . . 4.00
El ángel de la sombra . . . 4.00

Luis L. Franco:

Nuevo Mundo 4.00

Alberto Gerchunoff:

La asamblea de la bohardilla 4.00
Pequeñas prosas 6.00
El hombre que habló en la Sorbona 4.00

P. Kropotkin:

Ética 5.00

Cortesía de los autores:

Las siguientes obras, que recomendamos efusivamente:

Sady Sañartu: (Teatinos 666. Santiago de Chile): *La sombra del corregidor*. Novela de los tiempos coloniales. Prefacio de Martín Noel. Editorial NACIMIENTO. Santiago de Chile, 1927.

Julio Alvarez del Vayo: *La senda roja*. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1928.

Luis López de Mesa: *Iola*.

De estos finos poemas en prosa, editamos en 1922, en las ediciones del *Convivio*, cuatro: *Iola*, *Sonia*, *Nike*, *Elena*. Esta nueva edición, muy elegante, contiene además: *Beatriz*, *Nove*, *Maya*, *Sulamita*, *Marta*, *Iselvia*, *Euritmia*.

Luis López de Mesa: *La tragedia de Nilse*. Editorial CROMOS. Bogotá, 1928.

Pusimos este precioso libro en manos de una amiga predilecta. Ahora nos lo devuelve y nos dice entre otras cosas: «Estoy encantada con el libro de López de Mesa. Es fino, lleno de espiritualidad, encantador. Léalo, vale la pena». «*La tragedia de Nilse* es la eterna tragedia humana, pero humanizada en el libro con una gran delicadeza».

María Enriqueta: *Lo irremediable*. Novelas. «Colección contemporánea». Espasa-Calpe, S. A.

Antonio Medíz Bolio: *La Casa del Pueblo del Mayab*. Poema. Mérida. Yucatán. México, 1928.

Armando Godoy. (43, rue Raffet. París XVI): *Hosanna sur*

SASTRERIA

LA COLOMBIANA

Francisco A. Gómez Z.

TELEFONO 1283

Sucursal en Cartago: Esquina del Teatro Apolo

Aviso a mi numerosa clientela que acabo de recibir un surtido de casimires ingleses en todos los estilos modernos, cuento con los mejores operarios del país, también les ofrezco vestidos en abonos de \$ 3.50 semanales, haced una visita y quedáis convencidos.

le Sistre. Nouvelle édition. Editions Emile Paul freres. Paris.

J. Silva Herzog: *Conferencias*. Apuntes sobre evolución económica de México. Publicaciones de la Sociedad Mexicana de Estudios Económicos. México. 1927.

Isaac J. Barrerra. *Lecturas*. Para los grados superiores de la Escuela Primaria y para los Colegios de Instrucción Secundaria de la Rep. del Ecuador. Quito. Ecuador. 1927.

Carlos Sánchez Viamonte: *La Ley, como el cuchillo...* 1928.

Este epígrafe da la clave del folleto:

La ley es tela de araña—
En mi inorancia lo explico,
No la tema el hombre rico—
Nunca la tema el que mande—
Pues la ruempe el bicho grande
Y sólo enrieda a los chicos.

Es la ley como la lluvia
Nunca puede ser pareja—
El que la aguanta se queja,
Pero el asunto es sencillo—
La ley es como el cuchillo
No ofende a quien lo maneja.

La suelen llamar espada
Y el nombre le viene bien
Los que la gobiernan ven
A donde han de dar el tajo—
Le cai al que se halla abajo
Y corta sin ver a quien.

Hay muchos que son doctores
Y de su cencia no dudo—
Mas yo soy un negro rudo
Y aunque de esto poco entiendo,
Estoy diariamente viendo
Que aplican la del embudo.

(*La vuelta de Martín Fierro*).

Carlos Sánchez Viamonte: *La cultura frente a la Universidad*. Prólogo de Alvaro Yunque. J. Sanet, Editor. Bs. Aires. R. A.

La editorial Cromos, de Bogotá, acaba de entregar al público esta obra:

Vibraciones, por Tomás Rueda Vargas.

Disponemos de algunos ejemplares para la venta. A \$ 3.00 el ejp.

Bibliografía titular.

Libros y folletos recibidos en la semana, que mucho agradecemos:

Sylla Monsegur (Callao 1660. Buenos Aires. Rep. Argentina): *Cavilaciones*. Buenos Aires. 1928. Donación del Autor.

Humberto Rivas (Colina 302-2. México, D. F. México):

1.—*Las dos Españas*. Ensayo de valoración histórica. 2.—*Viaje panorámico*. A través de Asturias. Ediciones SAGITARIO. Cuaderno Primero. México. 1928. Donación del Autor.

José Alvarez y Gasca: *Sociología doctrinal*. (Ocultismo Sociológico). Morelia, Mich., México.—*La génesis de las creen-*

cias. Desenvolvimiento y fin de las religiones. Morelia, Mich., México.

Martha Josefina Herrera: *El delantal ileno de rosas*. Tegucigalpa. 1927.

Martha Josefina:
suavidad que luce troquel de esterlina;
joya hecha de carne, lirio que ilumina;
caricia
y delicia
que tienta como una rara golosina.

Te miro celeste, terrena y marina,
ángel y vampiro, sirena y ondina;
nos riges como una musa superior,
resucitas magias del hada madrina,
y en tu voluptuosa mirada hialina
pone sus más dulces filtros el amor.

Deliciosa Martha Josefina Herrera:
pluma, lirio, espuma, caricia, esplendor;
un elfuvio rubio, gracia en primavera,
unos ojos verdes y una gloria en flor...

Alfonso Cravioto

Informe del Dr. C. N. Vergara, Director Gral. de las Escuelas Municipales sobre la obra escolar realizada durante la Intendencia del Ing. Emilio F. Olivos. Córdoba, Rep. Argentina. 1928.

Dizionarioetto rompitas-cabile degle Editori Italiani, compilato da uno dei suddetti. Seconda edizione con nuovi errori ed aggiunte e con una appendice

egocentrica. A. F. Formiggini, Editore in Roma. 1928.

Dr. Antonio Irazos y de Villar: *La poesía civil en Cuba*. Publicaciones del Club Cubano de Bellas Artes. La Habana. 1928.

La Delegación Salvadoreña en la VI Conferencia Panamericana. Conferencia dictada por el Dr. José Gustavo Guerrero. 21 de marzo. 1928. Universidad Nacional de El Salvador.

La reproduciremos, en homenaje al ilustre Dr. Guerrero.

Resoluciones de la Primera Convención Internacional de Maestros. (Buenos Aires, Enero 7 de 1928). Comité Organizador. Delegados. Instituciones adheridas. Colaboradores. Saludos recibidos. Mesa Directiva. Comisiones internas. Programa de la Convención. Voto sobre los temas del programa. Otras resoluciones. Nómima de trabajos presentados. Lista de direcciones. Buenos Aires. 1928.

Sede primordial del Consejo de la Internacional del Magisterio Americano (I. M. A.): Corrientes 2038. Bs. Aires. Rep. Argentina.

Método de Francés, por René van Huffel. Recomendado por

la Secretaría de Educación Pública para uso en los Colegios de Segunda Enseñanza. Imp. Trejos Hns. San José, Costa Rica. 1928.

Envío de la Biblioteca de la Universidad Nacional de la Plata, Rep. Argentina:

La Universidad Nacional de la Plata en el año 1926. Presidencia del Dr. Benito A. Nazar Anchorena. (Publicación oficial). La Plata. 1927.

Envío de la Carnegie Eudowment for International Peace. Division of Intercourse and Education, New York City.

Annual Report of the Director for the year 1927.

The New Germany, by Dr. Erust Jäckh.

The Genesis of the Universal Postal Union, by John F. Sly.

The United States and Treaties for the avoidance of war, by Philip C. Jessup.—*Text of the Briand-Kellog Treaty*. Signed February 6, 1928.

Envío de la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo, México:

Reglamento de trabajos petroleros. Edición oficial. México. 1927.

Extractos y más informes de estas obras, se darán en entregas posteriores.

Una revista nueva, con alientos para la ardua empresa.

EDITORIAL SURGO, S. A.
ALSINA N.º 840
BUENOS AIRES

Señor Director de
Repertorio Americano
San José de Costa Rica.

Estimado señor:

Tengo el agrado de enviarle, con estas líneas, un ejemplar de la Revista *Criterio* que con fecha de hoy comienza a publicarse semanalmente en Buenos Aires, a iniciativa de la Editorial SURGO. Me permito solicitarle quiera tener la gentileza de establecer con ella el Canje con la Revista de su digna Dirección.

Criterio desea dedicar preferente atención a los problemas americanos y contribuir con su propaganda permanente y activa a una mayor compenetración espiritual entre los países de Hispano-América. En tal sentido, creo que el Canje con su revista ha de ser provechoso para seguir de cerca el movimiento de las ideas y los problemas generales de la cultura de nuestras patrias respectivas.

Con este motivo me es grato presentar al señor Director mi atento saludo y las seguridades de mi mayor consideración.—
Ati. Dell'Oro Maini, Director.

Salvador Díaz Mirón

PAGO el tributo que todo amante de las letras adeuda a quien puso en tan bello orden este nuestro idioma, ofrenda que todos debemos por lo que ha sido y es en las letras el gran escritor mexicano.

Los centauros, hijos de la imaginación griega, fueron mitad potros y mitad hombres; Salvador Díaz Mirón fué un cuerpo de león con cabeza de poeta. No otra vida, de oficiado en la pluma, fué tan accidentada. Más de una vez de la sangre que hizo verter recogió su honor ofendido.

Salvador Díaz Mirón llevaba buena cuenta de que la existencia de unos vale más que la de otros y así aquilataba la suya en su justo valor, no tolerando el más leve ataque ni la menor ofensa.

Amaba las matemáticas, y ellas combinadas con las proporciones celestes, altamente ocuparon la cabeza del maestro. En su poesía se siente el rimador severo. Salvador Díaz Mirón hacía escultura en verso.

Catalogar los poetas de América es obra sin razón, porque ninguno sigue a otro; se requiere ser cabeza, y cada uno en lo propio. Bástenos con decir que fue grande y único. Se respira en sus versos alguna sensualidad pura, sensualidad sin refinamientos, sensualidad sana, animal, la sensualidad esa que es fuerza y vida de la naturaleza.

Amó los clásicos, sé que mucho gustó a Fray Luis de León, pagó así el tributo de poner en presente el bello pasado.

Algunas de sus poesías se nos hacen duras a la diaria comprensión, mas ello no es falta de claridad, sino causa del cincel ese estilizador de que antes hablaba.

Sus últimos días han sido a la orilla del mar, los años fueron cubriendo de blanco el pelaje de la fiera; allí las olas en días brumosos resueltas en plata, eran acompañamiento al puro pensar del maestro.

Víctor Hugo, a la muerte de Jorge Sand dijo lo que hoy repito en memoria del maestro: «ha muerto el hombre, mas sobrevive el inmortal; tales gentes mueren, más no desaparecen», allí están, *Lascas*, 'agregó, pregonando eternamente la vida del maestro, de ese que fué león y poeta, del mismo que en ocasiones algo traslucía de fauno, corazón de fiera que se trocaba en el de un cordero cuando tañía la lira suya sentimental.

Salvador Díaz Mirón se ha ido de la tierra, está allí, con Silva, está allí con Rubén, mostrando a los jóvenes el camino grande que ellos han abierto y en el que han dejado huellas que no podrán el tiempo ni la muerte corporal borrar.

«Ha muerto el hombre, nos queda el inmortal».

Max Jiménez

Costa Rica.

Página lírica

de Salvador Díaz Mirón

=Del tomo *Poemas*. CULTURA. México. 1918=

¡Ave María!

¡Ave María! ¡Llena de gracia!
Tienes tres lustros, ojos de antilope,
mirada de astro, sonrisa de ángel,
boca de perlas y de rubíes,
tez de durazno que incita el diente
con sus pelusas y sus carmines,
barba de hoyuelo, crenchas de oro,
frente de musa, cuello de cisne,
pechos de estatua que el tul descubre
altos, redondos, blancos y firmes:
una belleza pagana y prócer
y en ella el lampo de una alma virgen.
Los que se arrastran no te conocen;
eres estrella, no ames reptiles,
que la hermosura, florón glorioso,
triumfal corona, botín sublime,
debe ser lauro de la grandeza:
¡llámese genio, virtud o crimen!

Ojos verdes

Ojos que nunca me veis
por recelo o por decoro,
ojos de esmeralda y oro,
fuerza es que me contempléis:
quiero que me consoléis,
hermosos ojos que adoro:
estoy triste y os imploro
puesta en tierra la rodilla.
¡Piedad para el que se humilla,
ojos de esmeralda y oro!

Ojos en que reverbera
la estrella crepuscular,
ojos verdes como el mar,
como el mar por la ribera;
ojos de lumbre hechicera
que ignoráis lo que es llorar,
¡glorificad mi pesar!
¡No me desoléis así!
¡Tened compasión de mí,
ojos verdes como el mar!

Ojos cuyo amor anhelo
porque alegran cuanto alcanza,
ojos color de esperanza
con lejanías de cielo.
Ojos que a través del velo
radian bienaventuranza,
mi alma a vosotros se lanza
en alas de la embriaguez,
miradme una sola vez,
ojos color de esperanza.

Cese ya vuestro desvío,
ojos que me dais congojas,
ojos con aspecto de hojas
empapadas de rocío.
Húmedo esplendor del río
que por esquivo me enojas,
luz que la del sol sonrojas
y cuyos toques son besos,
derrámame en mí por esos
ojos con aspecto de hojas.

A los heroes sin nombre

Milicias que en las épicas fatigas
caísteis, indistintas e ignoradas,
cual por la hoz del rústico segadas,
en tiempo de cosecha, las espigas;

que moristeis a manos enemigas,
fulgentes de entusiasmo las miradas,
tintas hasta los puños las espadas
y rotas por delante las lorigas.

Oscuros Alejandro y Espartacos,
la ingratitude de vuestro sino aterra
la musa de los himnos elegiacos.

En las cruentas labores de la guerra,
sembradora de lauros, fuisteis sacos
de estiércol ¡ay! para abonar la tierra.

Boedromión

¿Gemís? ¿No hallaron entre rojas piras
y a través de las bárbaras saetas
claros laureles vuestras justas iras?

Coronados de adelfas, los poetas
cantan fausto loor, digno de lirás
hechas a celebrar triunfos de atletas.

La griega sangre que purpura el suelo
por la lucha convulso y escarbado
es propicia a la patria y grata al cielo.

¡Gloria eterna al que ardiente y arrojado
se adelanta en la lid con noble anhelo
y en la primera fila es inmolado!

Para el que torna invicto y satisfecho
al dulce hogar, la admiración curiosa
sale a la puerta y se encarama al techo.

Y bajo el casto peplo de la hermosa
virgen, el puro y culminante pecho
hinche y erige su botón de rosa.

¡Cejar, descolorida la mejilla,
turbia la vista y erizado el vello,
en la pugna viril es gran mancilla!

¡Indeleble baldón pone vil sello
al que, cual manso buey, tiende y humilla
al tiránico yugo el dócil cuello!

El que al abrigo de cerrado muro
se quede atrás cuando la hueste fiera
parta en bélico alarde al trance duro;

el que sensual o tímido prefiera
al riesgo heroico, el bienestar seguro,
¡viva de oprobio y de vergüenza muera!

No os lamentéis. ¡La combatida nave
«echa al airado mar todo un tesoro»
para salvarse en la tormenta grave!

¡Corred al templo en jubiloso coro
y dejad sobre el dórico arquitrabe
en honra al dios las égidas de oro!

Voces interiores

A. F. D.

Bruto partiendo el corazón de César;
Espartaco asolando la Campania;
Tell rechazando con el pie el esquife;
Cromwell ante el suplicio de un monarca;
Mirabeau en el Tabor de las naciones;
Bolívar con tres pueblos a la espalda;
Hidalgo predicando el exterminio
y Grant blandiendo su invencible espada,
fueron volcanes que estallaron; fueron
llagas contra cilicios sublevadas;
fueron rayos forjados en las nubes
formadas lentamente por las lágrimas
que, convertidas en vapor, habían
subido al cielo a demandar venganza!

De tierras que han sufrido convulsiones
de cráteres y vómitos de lavas,
surgieron siempre a deleitar los ojos
las flores de hermosura más gallarda.

Sobre odios y desastres y congojas,
sobre estragos y cóleras y ansias,
sobre aras y temblores y tinieblas,
Dios puso el ideal y la esperanza.
El Nilo desbordado y tormentoso
inunda con violencia la comarca,
y es invasión de fangos por doquiera;
pero en esas arenas calcinadas
esa invasión de fangos es la vida,
y esa invasión de fangos es sagrada!

¡Oh rayos que os forjáis entre las nubes
formadas lentamente por las lágrimas!
¿Cuándo fulminaréis a los sayones
que oprimen y envilecen el Anáhuac?
¡Oh Nilo desbordado y tormentoso
que inundas con violencia la comarca!
¿Qué primavera enflorará el desierto,
cuando retires tus impuras aguas?
¿Qué incubación de próceres palpita
entre tanta abyección y tanta infamia?
¿Qué paladines purgarán la tierra,
en donde sólo en los escudos de armas
hay águilas que triunfen de serpientes
y no serpientes que extranguen águilas?

¡Silencio! ¿Quién responde a mis acentos?
¿Es la voz de los muertos por la patria?
No: la voz de los muertos fuera triste
y no causara sensación tan grata,
Oigo un coro celeste cuyos tonos
ensordece y confunde la distancia,
y me parece cual canción de alondra
que anuncia el claro amanecer del alba.
Ese dulce murmullo que me alegra,
ese vago rumor que me entusiasma,
brota quizá de los fecundos senos
de las mujeres que a lo lejos pasan...
¡Cada una lleva un nimbo en la cabeza
y acaso un redentor en las entrañas!
¡Oh hermano de adopción, que eres mi orgullo!
¡Tú, cuya vida sin doblez ni tacha
puede ostentar la cohesión suprema
de los diamantes de esplendor sin mancha!
¡Tú, que firme y erguido en la tribuna,
como el peñón en donde el faro radia,
sabes cumplir con tu deber de antorcha
sobre este mar en que el honor naufraga!
¡Tú, que has ungido tu conciencia indúctil
con la lustral e imperceptible grasa
que revelan las plumas de los cisnes,
cuando del cieno de la inmunda charca,
cuando de la onda corrompida y turbia
emergen secas y resultan blancas!

¡Tú, que sin arte ni dolor prefieres
al vil favor la inmerecida saña,
al oro espurio la miseria altiva
y al vicio enhiesto la virtud hollada!
Si no es una ilusión de mis deseos
este concierto que a mi oído canta;
si entre los claustros maternos bulle
el porvenir que nuestro afán aguarda,
¡dichosos si vivimos para entonces!
Ambos iremos a la lucha santa,
y unidos moriremos combatiendo,
cual los saldunas de la antigua Galia.
¡De la honda de David saldremos juntos
yo que soy guija y tú que eres montaña!

Engarce

El misterio nocturno era divino.
Eudora estaba como nunca bella,
y tenía en los ojos la centella,
la luz de un gozo conquistado al vino.

De alto balcón apostrofóme a tino;
y rostro al cielo departí con ella
tierno y audaz, como con una estrella...
¡Oh qué timbre de voz trémulo y fino!

¡Y aquel fruto vedado e indiscreto
se puso el manto, se quitó el decoro,
y fué conmigo a responder a un reto!

¡Aventura feliz!—La rememoro
con inútil afán; y en un soneto
monto un suspiro como perla en oro.

Veracruz. Julio de 1900.

(Lascas)

A ella

Semejas esculpida en el más fino
hielo de cumbre sonrojado al beso
del Sol, y tienes ánimo travieso,
y eres embriagadora como el vino!

Y mientes: no imitaste al peregrino
que cruza a monte de penoso acceso,
y párase a escuchar con embeleso
un pájaro que canta en el camino.

Obrando tú como rapaz avieso,
correspondiste con la trampa el trino,
por ver mi pluma y torturarme preso!

No así el viandante que se vuelve a un pino
y párase a escuchar con embeleso
un pájaro que canta en el camino.

Xalapa. El 27 de mayo de 1901.

(Lascas)

El fantasma

Blantas y finas, y en el manto apenas
visibles, y con aire de azucenas,
las manos—que no rompen mis cadenas.

Azules y con oro enarenados,
como las noches limpias de nublados,
los ojos—que contemplan mis pecados.

Como albo pecho de paloma el cuello;
y como crin de sol barba y cabello;
y como plata el pie descalzo y bello.

Dulce y triste la faz; la veste zarca,
Así, del mal sobre la inmensa charca,
Jesús vino a mi unción, como a la barca.

Y brillantó a mi espíritu la cumbre
con fugaz cuanto rica certidumbre,
como con tintas de refleja lumbre.

Y suele retornar; y me reintegra
la fe que salva y la ilusión que alegra;—
y un relámpago enciende mi alma negra.

Cárcel de Veracruz. El
14 de diciembre de 1893.

(Lascas)

Vesper

Venus refulge plácida y sola,
y un sueño pío decora el mal.
Así la bruna y errátil ola
súbitamente se tornasola,
viniendo al brillo de algún fanal.

Hosco el recuerdo que no conjuro,
que como en llama prende raíz!
Tal en la roña del viejo muro
la hiedra clava, con brote duro,
el postrimero y agrio tapiz.

Dios dijo al astro: «Revela un poro,
un intersticio de mi capuz;

muestra un diamante de mi tesoro;
y en la pupila turbia del lloro
hinca una flecha de doble luz.»

Fiero el albatros obre cual hizo,
guste procelas como antes yo,
y en ellas triunfe gozando hechizo,
y surto al aire parezca un rizo
que de la espuma del mar saltó!

Freno seguro mi arrojito tasca,
y arrumbo estoque lanza y arnés.
Toda una vida, que fué borrasca,
fenece y cruje con la hojarasca
que oprimo y rompo bajo los pies!

A nobles luchas nada me incita;
conculco y mancho laurel de pro:
el bardo sufre tremenda cuita,
echando menos la tortolita
que al aura obscura se le voló!

Gélido el río reposa y calla,
y no se funde para su bien.
Aspiro el soplo de la batalla,
y a veces vibro y el ocio estalla...
y aquí la burla y allá el desdén!

Sauce de fosa mudo y tranquilo
que, por impulsos del vendaval,
vuelva el agobio, frustra el sigilo,
plaga de acentos el sordo asilo,
besa con tumbos el polvo igual!

Hoyo impasible que un labio sella,
y remembranza que incluye horror...
Y el alma busca distinta huella
en el puntito de cada estrella
mística y dulce para el dolor!

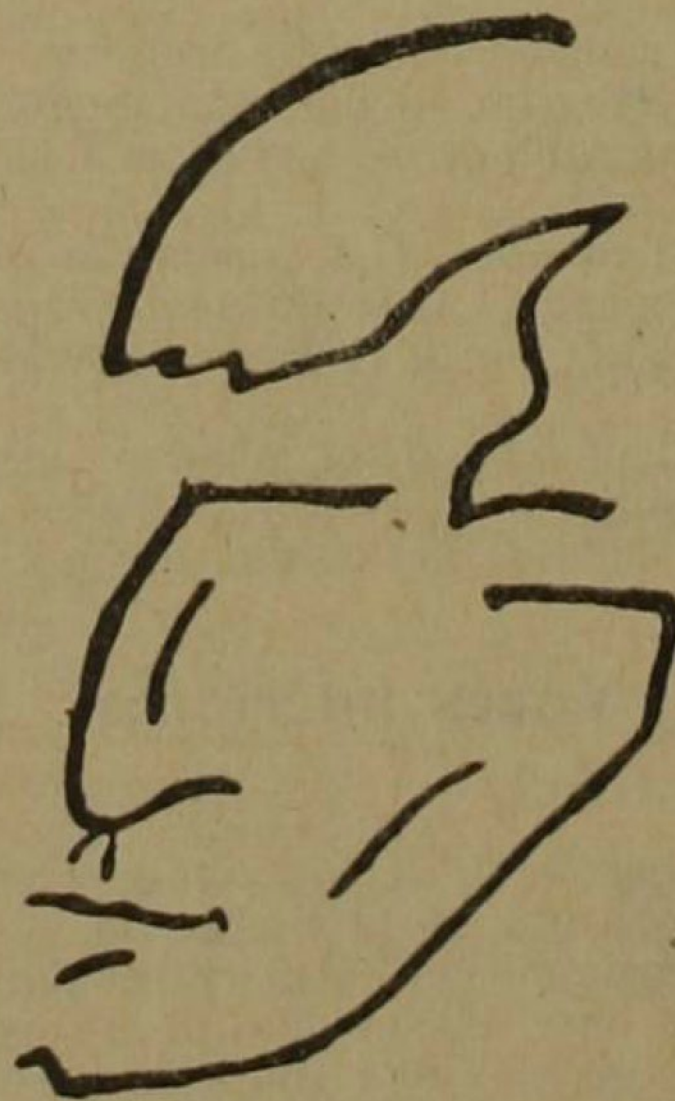
LIMA, Wáshington izquierda,
número 544. Se abre la
puerta. Unos chiquilines que brin-
can como cabritos. Graciosos, lindos, sa-
nos. Una mujer, serena y fuerte: Anita,
la gran compañera del líder. Y allí él,
con su frente altísima y sus ojos agudos,
disparándolos siempre como saetas tras
sus verdades o sus ironías. Libros, libros,
revistas, *Amautas*. ¡¡*Amautas*!! Ya no sa-
be uno otra cosa que hablar de *Amauta*.
¿Cuándo sale? ¿Hay pruebas? ¿Se las
traigo? ¿En qué le ayudo?

Y él, risueño, bromista, nos charla.
Europa siempre es nueva en sus con-
versaciones. O es Alemania, o es Italia,
o es Francia, o es Rusia. Ya nos habla
de un hombre de allá, de un Trotzky,
de un Barbusse, de un Rolland, de una
idea, de un partido, de muchos. Y aquí
una lección revolucionaria.

O sino; es un café de Munich, la gra-
vedad germana y la grandilocuencia de
los chops. O es un teatro ruso, y un
barrio ruso; o es la literatura, la pintura,
la danza, y todo él se exalta en el recuerdo y se ilumina.
Y habla y habla. Y caen los amigos y se agranda la
rueda, los amigos de la mañana, los de las 2, los de
las 5, los de las 6 y 30. Nuestro Eguren, por ejemplo,

Recordando a Mariátegui

=De *Renovación*. Montevideo=



Apunte de César A. Miró Quesada.

con su presencia de ángel de la
guarda. Y nosotros que lo deja-
mos entonces, para correr hacia
los talleres de *Amauta*, donde los com-
pañeros linotipistas la componen cantan-
do. ¡Ah, la fraternidad de las horas pasa-
das allí!

¡*Amauta* va a salir mañana!
Todos los «puestos», todas las libre-
rías y las esquinas van a ser invadidas.
Los indígenas de Sabogal nos saludan
desde las carátulas. ¡*Amauta*! ¡*Amauta*.
Si dan ganas de ir a voceando. Cómo
la queremos, cómo la defendemos de la
mediocridad y la envidia.

Y de repente, el zarpazo inmundo de
Leguía, la estupidez, la ignorancia, la
cobardía, los tres representantes del go-
bierno peruano.

Y *Amauta* es clausurada, Mariátegui
encarcelado, y todos nosotros dispersos
y expulsados.

Pero el hombre estaba intacto. Otra
vez, serenamente, risueñamente se nos
aparece con la «cholata» respectiva. Y
su número 10, y su número 11 y ya el 12 que debe
estar calentándose en los talleres.

Y nosotros, tan cerca como antes, o más que nunca
cerca de él. Lo abrazamos desde Buenos Aires.

Blanca Luz Brum

SE hospeda en el Hotel Regis. Cuarto 535. Quinto piso. Afortunadamente hay ascensor. Subo. Llego. Toco. Abre la puerta un hombrecillo delgado, cetrino. De cabeza amelonada, estrecha, calva, ojos dolientes, rostro cebrado de arrugas, bigotito a la Chaplin.

—¿El Sr. Martínez Sierra?

—Servidor. Pase usted. ¿En qué puedo serle útil?

Me arrellano en el único sofá. Miro impertinente la habitación. Sobre la mesa, que hace veces de escritorio, periódicos, revistas, cuartillas. En las paredes, ni un cuadro ni un objeto de arte. La atmósfera del cuarto no puede ser más vulgar, más impersonal. Se nota que han pasado por allí muchos burgueses. Falta intimidad. Algo que no puede suministrar un gran hotel. Por la ventana entreabierta, bajo la maravilla del cielo turquí, miro la ciudad, donde las numerosas cúpulas de azulejo ponen una nota cálidamente oriental. En la lejanía señorean el amplio valle dos enormes volcanes: el Popocatepetl, «Cerro Humeante», y el Ixtaccihuatl, «Mujer Blanca», con sus alborozos de nieve.

—Es un panorama insuperable—subraya el papá de *Madame Adela*. Por eso escogí esta habitación. No por tacañería. Soy pródigo. No me dura el dinero en las manos. No hago economías, como ese imbécil de Ardaín. No me importa quedarme sin un cuarto, porque conozco a maravilla el arte de ser pobre. Pero gasto el dinero sin ruido, sin ostentación. Soy lo menos Blasco Ibáñez posible. No vengo de tan abajo. Por eso, no poseo automóvil, ni secretarios políglotas que atiendan a mis admiradores cosmopolitas.

Le dejo que siga hablando:

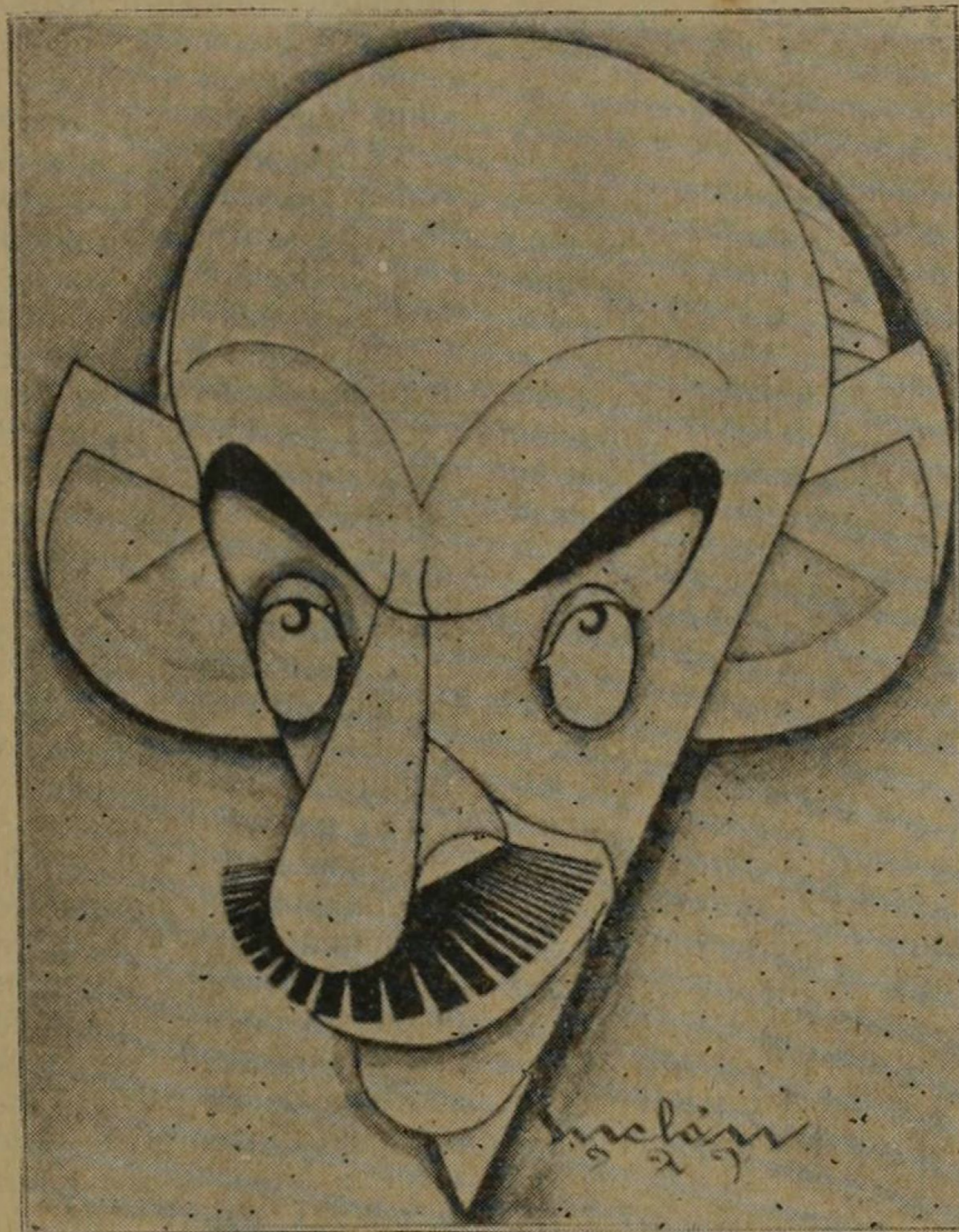
—¿Sabe usted? Acabo de llegar de Churubusco, donde funciona una escuela de pintura al aire libre. Estoy maravillado. Aquellos niños le pueden dar clases a nuestros artistas de Europa. Qué ingenuidad, qué frescura, qué dominio del color! Lo que más me llamó la atención, es que todos los alumnos son de raza indígena pura. El más aventajado de ellos, es un sirviente del propio Alfredo Ramos Martínez, Director de la Escuela de Bellas Artes de México. Este chico—un buen día—sin más preparación, se puso a pintar cosas estupendas. Siempre he creído que el mejor método pedagógico es no enseñar nada al niño. Hay que dejarle abandonado a sus propios impulsos creadores. Así está creciendo mi hijo, que a los diez y seis años, me supera en todo.

—¿Qué piensa usted del Directorio?

—Nada bueno—me responde—rascándose la cabeza. —Primo de Rivera, no ha exhibido hasta ahora dotes de estadista. Es sólo un soldado

Gregorio Martínez Sierra, anarquista

(Para Repertorio Americano)



(Visto por Inclán).

audaz, que está jugando a Napoleón el Chico. Tiene a la pobre España—que las ha pasado tan duras—metida en un puño: consejos de guerra, censura previa de la prensa, violación del domicilio, clausura del Ateneo de Madrid. Qué clase de hombre será cuando tiene de Ministro del Interior a Martínez Anido, el Pacificador de Barcelona, donde no dejó titere con cabeza!

—¿Y el Rey qué hace?

—Nada. Absolutamente nada. Desempeñar a maravilla su fácil papel de monarca constitucional: divertirse en las playas de moda. Jugar al polo. Cazar. Enamorar. Gastar, en fin, alegremente, en buena compañía, su enorme lista civil. Es un *gran estadista!* Así le llaman los irresponsales norteamericanos, a quienes el Rey sienta a menudo a su mesa!

—¿Cómo ve usted la situación actual de Europa?

—Con ojos pesimistas. Europa se encuentra ahora en un

callejón sin salida. Dubitando entre el bolcheviquismo y la dictadura. El ejemplo brillante de Mussolini desvela a muchos hombres de gobierno. Los Balcanes, que son la piedra de toque, siguen en equilibrio inestable. De allá nos vendrán sorpresas. Será el Duce—sin embargo—quien desencadenará la nueva guerra, con su original ley que prohíbe emigrar a los italianos, condenándolos a morir de hambre, patrióticamente, en la Península agotada.

—¿Cuál sería para usted el gobierno ideal?

—Ninguno. Soy enemigo personal de todo sistema de gobierno. Soy anarquista. No se asuste usted! Ni lanzo bombas ni patrocino el atentado personal. Si creo que el Estado está en bancarrota y debe desaparecer. Es una antigualla inservible. Un pulpo que todo lo chupa y exprime.

Aterrado verdaderamente aterrado, al oír tales declaraciones hechas sin énfasis, en el lenguaje más natural del mundo, tranqui-

lamente, mientras el escritor fuma un delicioso veguero, cambio el giro de nuestra charla y pregunto a Don Gregorio ¿qué impresiones trae de los Estados Unidos?

—Magníficas! Es un país colosal! El primero en todo. Ustedes los hispanoamericanos calumnian a los yanquis. Ellos son generosos, magnánimos, antiexpansionistas. El resto del Continente les importa un cacahuete. Lo de Nicaragua no tiene trascendencia alguna. Es una tempestad en un vaso de agua. Todo se reduce a que los nicaragüenses—que son unos frescos—contraen deudas y luego no quieren pagarlas. No hay derecho!

—¿Y Nueva York?

Es la superurbe actual. La única que no puede uno imaginarse. Sus rascacielos han revolucionado la arquitectura. No son ya aquellos cajones abominables, con decenas de pisos y millares de cuartos. Dan impresión de belleza y de fuerza, con su adecuada combinación de líneas rectas y planos superpuestos. De noche, cuando todos ellos se iluminan, el espectáculo es indescriptible. Nueva York es una ciudad refinada que protege y estimula todas las manifestaciones artísticas. Sus nuevos teatros son incomparables. El público que acude a ellos, es el más culto que he conocido.

—¿Cuál libro suyo es el más leído?

—*Tú eres la Paz*. A mí no me gusta. Lo encuentro soso, blandujo, pedestre. Yo no lo compraría... De todo cuanto he escrito, lo que prefiero es un cuento: *Almas ausentes*, que me premiaron en Madrid hace muchos años. Es de lo primero que publiqué. El Presidente del jurado calificador era Clarín, quien poco antes había asegurado doctoralmente: «que el joven Martínez Sierra no tenía dotes de escritor, que debía abandonar el oficio porque no encontraría lectores». ¿Buen profeta, verdad?

Martínez Sierra tiene grandes deseos de ir a Colombia con su Compañía, en la que figura como primera actriz la incomparable Catalina Bárcena. Sabe que en esa tierra de hablillas y estilistas abundan ahora los dólares. Allá verán los colombianos, por Pascua, su figurilla desmirriada, que alza apenas un metro cincuenta del suelo; su sonrisa bonachona, un poco triste. Sonrisa de clown complaciente, que mendiga aplausos. Detrás del novelista y del comediógrafo que enloquece a nuestras burguesitas, hay un hombre de negocios habilísimo, que regatea sueldo a los artistas y gira a España, hebdomadariamente, sus ganancias. Irá a Bogotá—como iría a Tomboctú—si allá hubiera pesetas que ganar!

Mario Santa Cruz

Méx. Oct. 1927.

Algunas observaciones necesarias sobre el *Mappamundi* de Hieronymus de Marini y el nombre Brasil

A los MANES del Dr. Orville A. Derby, eminente sabio norteamericano que en vida era uno de los más profundos conocedores de la CARTOGRAFÍA AMERICANA.

LA primera noticia sobre un mapamundi ilustrado y construido en 1512 por el cartógrafo veneciano Hierónimo de Marini, o Marín, apareció en las columnas de *O Jornal do Commercio*, en Río de Janeiro, Diciembre 2 de 1912⁽¹⁾.

Este mapa es un pequeño planisferio trazado sobre pergamino con dibujos en colores y la ornamentación dorada, los márgenes profusamente ornamentados, y lleva la siguiente inscripción en letras góticas, o quizá semi-góticas:

Orbis Typus Universalis

Tabula

Hieronimi Mari(ni)

Fecit Venetia MDXII.

Este interesante documento cartográfico era hasta aquel entonces totalmente desconocido, e inédito por supuesto. En 1912 fue adquirido en Roma por el gobierno del Brasil, por la respetable suma de *dieciocho mil liras*⁽²⁾.

Las únicas inscripciones que en la sección americana contiene nuestra carta son éstas: BRAZIL e *indica nova*, refiriéndose esta última a las Indias Occidentales, o sea las Antillas.

La carta de Marini es una pobre compilación sin ningún valor científico y, como tal, naturalmente, de nada sirve para el estudio del sucesivo desenvolvimiento de la cartografía americana durante las primeras décadas del siglo XVI. En fin, es uno de los tantos mapas ornamentados que pertenecen a esa larga serie de documentos que forman la así dicha *cartografía romántica*, cuyos autores eran todos ellos muy hábiles pintores, pero pésimos cartógrafos.

Marini, o Marín, debe de haber confeccionado algunas otras cartas, mayormente mapamundi, documentos que hasta esta fecha no han podido ser descubiertos, no obstante las diligentes pesquisas practicadas durante muchos años por diferentes especialistas en la materia. Seguramente, dormirán aún el sueño de la «Bella Durmiente» en uno de los archivos o en una de las ricas bibliotecas de Italia.

Sabemos además, que el Gobierno Otomano se dirigió a las autoridades de la República Veneciana, solicitando un ejemplar de un cierto mapamundi que había sido confeccionado por Marini⁽³⁾.

Naturalmente, es muy difícil comprobar si en ese caso se trató de hecho del mapamundi de 1512, o si

el documento más arriba citado se refiere a un mapa geográfico construido por Marini después de aquel año. Por otra parte, la solicitud de la Cancillería Otomana pudiera, asimismo, referirse al mapamundi, que era obra de un tal Juan Pedro de Marín⁽⁴⁾.

El mapamundi de este último cartógrafo era un grabado en madera; pero no se conoce ningún ejemplar de este documento de la escuela veneciana. Sólo sabemos que el privilegio para editar y reproducir el mapamundi data de Mayo 10, 1529⁽⁵⁾.

Muy poco se sabe de la vida de este cartógrafo veneciano. De varios documentos sólo consta que a fines de la primera mitad del siglo XVI él era aún vecino de Venecia; y que a 25 de Agosto de 1557 hizo su testamento ante el abogado Marín Marciliano⁽⁶⁾.

El homónimo de este último, o sea el autor del mapamundi de 1512, parece ser idéntico con aquel agente secreto a sueldo de la República de Venecia, a quien Sebastián Caboto en 1522 había enviado sigilosamente a esa ciudad, con el propósito de vender ciertos secretos relacionados con empresas transoceánicas al Consejo de los Diez. En cuanto a esta sucia traición nos remitimos a la correspondencia cambiada al efecto entre el Consejo de los Diez y Gaspar Contarini, el Embajador veneciano en España⁽⁷⁾.

En esta documentación lleva nuestro cartógrafo el nombre de Hierolamo di Marin de Bucignolo Rhaguseo⁽⁸⁾.

Juan Pedro y Hierónimo eran seguramente parientes. Este último perteneció a la nobleza veneciana. El mapamundi de 1512 ostenta el escudo de armas de la familia⁽⁹⁾. Durante algún tiempo le vemos desempeñar el puesto de agente confidencial de la «Signoria» veneciana, dirigiendo en España las gestiones y los líos secretos de su patria. Esta misión, de suma importancia por cierto, a cargo de Hierónimo Marín demuestra que él debe haber sido un hombre inteligente y versado en la política exterior de la República de Venecia. Pero Marín era un pésimo cartógrafo.

Sólo guiado por una exagerada parcialidad se puede hablar⁽¹⁰⁾ del «valor artístico, diplomático, histórico y científico» del mapamundi de Marín, un documento cartográfico el que, al menos en cuanto a la parte americana, no deja de ser más que una mediocre producción, en la cual de modo alguno se refleja el estado de los conocimientos geográficos alcanzados hasta ese tiempo respecto de las tierras transoceánicas.

Pero lo más curioso es que el escritor brasileño escriba y afirme «este mapa significa para nosotros, los brasileños, una especial circunstancia; y por ello es digno de una veneración casi festichista (*sic!*), siendo la primera carta geográfica conocida en la que se registra correctamente (*sic!*) y en lengua portuguesa (*sic!*) el nombre de nuestra Patria, ya por los años de 1512»

(4) Ver Henry Harrisse «The Discovery of North America». Cartografía Americana Vetustissima, London, 1892, pág. 569, N.º 183.

(5) «Archivio di Stato», in Venice: Senato, Terra, reg. xxv. Cp. Berchet, loc. cit.

(6) Berchet, loc. cit.—El mappamundi mencionado en aquel privilegio debe de haber sido diferente de la carta geográfica, que Fernando Colón compró en Venecia el año de 1527. Cp. Harrisse, ob. cit., p. 557, N.º 176.

(7) Respecto de las bajas intrigas y de aquella audaz traición, ver Rawdon Brown «Calendar of State Papers». Vol. III. Nos. 557, 558, 607, 632, 666, 670, 1115. Bullo «La Vera Patria de Nicoló de'Conti e di Giovanni Caboto». Chioggia, 1880, pp. 61, 70.—Harrisse, ob. cit., p. 32.

(8) Y también simplemente «Hieronimo Rhaguseo». Cp. Bullo, ob. cit., loc. cit. No. VII.

(9) Según la oficina heráldica de Roma.—Cp. Joao Gomez Ribeiro «A prioridade do nome Brazil nos mappas do XVI seculo», «O Mappa de Jeronymo Marin» en «O Paiz». Río de Janeiro, 15 de Enero de 1915.

(10) Las demás fantasías de Gomez Ribeiro, loc. cit.

(1) De la pluma del conocido escritor italiano Dr. Vinz Grossi, a quien debemos varios libros sobre cuestiones relacionadas con Suramérica.

(2) Un ejemplar del corto número de reproducciones facsimiladas que del mapa habían sido hechas, me fué obsequiado por el Ministerio de Relaciones Exteriores de esa grande república suramericana. Mi ejemplar se encuentra ahora en la colección de MSS., que en 1926 me compró el «Middle American Research Department» de la Universidad de Tulane, Nueva Orleans, U. S. A.

(3) Así se lee en el *Diario* de Marino Sanuto, a principios del año de 1520. Cp. Berchet (Guglielmo) «Narrazioni Sincrone» en «Raccolta Colombiana». Fonte Italiane. Parte III. Vol. II. Roma, MDCCCXCIII, pág. 365, nota (1).

El patriótico escritor brasileño olvida por completo que LUIZ DE CAMOENS, la más grande autoridad en cuanto a la lengua portuguesa de aquellos tiempos, en su grandioso poema *Os Lusíadas* no empleó el nombre «Brasil»; y seguramente porque era considerado como «extrangerismo», arbitrariamente aplicado a la tierra, la cual, según toda la documentación histórica accesible, tanto oficial como privada, debiera llevar la designación de TERRA DE SANCTA CRUZ⁽¹¹⁾.

Lo que en realidad hay es que el nombre «Brasil» solía ser aplicado a cierto palo, una especie de CAESALPINA, que se empleaba para teñir. Pero primitivamente y bajo el mismo nombre se comprendía un palo de teñir, de la misma especie, el que se traía de las Indias Orientales y que en el comercio era conocido bajo el nombre de «SAPPAN»⁽¹²⁾.

Como quiera que sea, notorio es que el nombre «Brasil» estaba en uso corriente ya antes de Abril 6 de 1503⁽¹³⁾.

Juan de Empoli escribe; «...ci trovamo tanto avanti come la terra della Vera Croce, over del BRESIL, cosi nominata...»⁽¹⁴⁾.

Tampoco es aceptable lo que el escritor brasileño afirma en cuanto a la fecha en que supone haber sido compuesto el mapa del Brasil, que es obra del geógrafo alemán Lorenzo Friess. Este geógrafo y matemático compuso su carta en 1525; y la publicó en 1530, dándole el título de «Carta Marina Navigatoria Portugalensium»⁽¹⁵⁾.

De la representación de la costa del Brasil se desprende claramente que esta carta está en estrecha relación con mapas, seguramente portugueses, los que debieron haber sido hechos a raíz del viaje de Pedro Alvarez Cabral (1500) y de los dos viajes de exploración a lo largo de la costa del Brasil, en 1501-1504⁽¹⁶⁾.

El mapa de Friess es muy interesante en cuanto a los conocimientos geográficos de ese tiempo en Alemania.

Brasil lleva el nombre «Prisilia» o «País de los Papagayos». Arriba dice literalmente: «En este país, cuando una persona está por morir, ellos (los indios) la matan; secan la carne y la asan; y después se la comen (endocanibalismo)»⁽¹⁷⁾. Y en el sur leemos lo siguiente:

(11) Ver las cáusticas observaciones del gran historiador portugués Juan de Barros en su obra *Asia*, acerca del absurdo cambio del nombre original «Terra da Santa Cruz» en «Brasil».

(12) Ver «Hobson-Jobson», etc. Por Sir Henry Yule, London, 1903, pág. 113. Y Cp. Konrad Kretschmer «Brasil und andere Fabel-Inseln» en «Die Entdeckung Amerikas» («Brasil y otras islas fabulosas» en el «Descubrimiento de América»), Berlín, 1892, pp. 214-223. Kuno Meyer «Ancient Irish Poetry». Joao Capistrano de Abreu «Historia Geral do Brasil». Tomo I (único). Río de Janeiro, 1906.

(13) Ramvsio «Navigationi et Viaggi». Tomo I, fol. 154, donde se lee: «Viaggio fatto nell' India per Giovanni da Empoli, fattore su la nave del sereniss. re di Portogallo, per conto di Marchionni di Lisbona».—Cp. también Berchet, loc. cit.

(14) Cp. HARRISSE, ob. cit., pág. 303, nota 18.—Ramvsio, edición de 1564, vol. I, fol. 145r.

Mas en el código Magliabecchiano leemos: «... la terra della Vera Croce, è sì nominata altra volta dischoperta per Amerigho Vespucci...» Cp. Berchet, ob. cit., pág. 181.

(15) Por otro lado, no cabe la menor duda de que esa carta geográfica estriba en un prototipo que había sido confeccionado por ese mismo cartógrafo alemán en años anteriores.

(16) Gómez Ribeiro fue despistado por Justin Winsor, el autor de «Narrative and Critical History of America», vol. VIII, p. 373, donde debajo de «PRISILIA» se encuentra aquella inexacta afirmación sobre la fecha del mapa de Friess.—En el texto, en cambio, Winsor trae correctamente «1530».

Inexacta es, al propio tiempo, la afirmación de Winsor que el geógrafo alemán mismo haya dicho alguna vez que sus informaciones en cuanto a las cartas de América hubieran venido de fuentes originales. Ver ob. cit., vol. II, p. 220.

(17) Ver mi estudio «The Oldest known Illustration of South American Indians», en «Journal de la Société des Américanistes». Paris, 1925. Ver también «Typus Cosmogr. Vnivers.» Symon Grynaeus «Novus Orbis». Basileae, 1532. El mapa de Suramérica de Jacques de Vaulx de Claye, 1579.

«Navegaron a lo largo de toda esta costa, pero no llegaron aún hasta la parte de atrás de ella»⁽¹⁸⁾.

Y en el interior del continente americano se lee: «El país recién descubierto».

Kohl opina que en este mapa hay indicios que demuestran que es obra de Waldseemüller (Hylacomilus). Y, efectivamente, en la obra titulada «explicación de las cartas marinas», la que suele ser considerada como compuesta por Friess, la configuración del continente americano, lo mismo que los diferentes nombres inscriptos en la carta, son idénticos con los de la carta confeccionada por Waldseemüller en 1516⁽¹⁹⁾.

De modo que la «Carta Marina» de 1530 es, indudablemente, una servil copia de la «Carta Marina», que había sido confeccionada por Waldseemüller en 1516, y, por consiguiente, es una carta geográfica que forma parte de la escuela lusitano-germánica⁽²⁰⁾.

Finalmente, la inscripción «Terra de Brasil» en el globo de Lenox de ninguna manera puede servir de argumento a la teoría del señor Gomez Ribeiro; y esto por la sencillísima razón de que aquella designación en el globo de Lenox no corresponde a la región que en la actualidad constituye la grande República suramericana, sino se refiere a aquellas partes septentrionales de la América del Sur las que hoy día comprenden las repúblicas de Colombia y Venezuela. Y en el centro del continente suramericano se encuentra esta leyenda: «MVNDVS NOVVS», mientras a las regiones que al presente forman Brasil, se les aplica la designación «vespucciana» de «TERRA SANCTAE CRVCIS».

No cabe duda que todos aquellos hombres de ciencia que se consagran al estudio del desarrollo de la cartografía americana le agradecerán profundamente al señor Gomez Ribeiro esa breve contribución sobre la supuesta importancia de un nuevo y totalmente desconocido mapa de América, documento con que se viene enriqueciendo nuestra literatura americanista.

Pero este hecho de modo alguno impide, creemos, que uno rectifique los múltiples errores en que a cada paso incurre el diligente autor brasileño⁽²¹⁾.

Rudolf Schuller

San José, Costa Rica.
Junio 10 de 1928.

(18) Ver la capitulación de Juan Díaz de Solís de 1514, documento que contiene un pasaje en que se le ordena al piloto vaya «a las espaldas de Castilla de Oro».

(19) «Uslegung der Meer-Charten», obra impresa por Grüninger, en Estrassburgo, en los años 1525 y 1527.

(20) Casi todos esos mapas de América son derivados del célebre planisferio dicho «Cantino», documento cartográfico de primer rango y conservado ahora en la Biblioteca Estense, Modena, Italia.

(21) Era necesario hacer caso omiso de otros varios errores cometidos por ese autor; porque de otra manera habríamos excedido el espacio que ha sido puesto a nuestra disposición por el señor Director García Monge que con tanto acierto dirige el *Repertorio Americano*.

La institución de los políticos partidistas, hereditarios y profesionales, fué en Roma producto de las condiciones generales, y no podría transformarse, a menos de querer desarticular toda la constitución. Pero era necesario que una vigilancia severa por parte de la opinión pública impidiera al político supeditar los intereses del Estado a los suyos propios y a los de su club. Ya hemos visto con qué eficacia y autoridad Catón ejercía esa vigilancia. También Catón y sus amigos consiguieron someter a determinadas reglas la educación y la carrera del político profesional.

Arturo Rosemberg

(His. de la Rep. Romana).

XIII. El imperialismo y la unión panamericana

101. La Unión Panamericana es, aparentemente, según hemos dicho, el único lazo de unión política entre los pueblos del Nuevo Continente. Reproducimos algunos de los párrafos de los discursos del Secretario de Estado Blaine (octubre de 1889 y abril de 1890, respectivamente) en la apertura y clausura de la Conferencia Internacional Americana, para que se vea «entre líneas», como dicen los periodistas, cuál fué el propósito que tuvo el Gobierno de los Estados Unidos al convocar a esa reunión internacional.

«No podemos olvidar que nuestro destino común nos ha hecho habitantes de dos continentes, que, todavía al cabo de cuatro siglos, considéranse allende los mares como el Nuevo Mundo. Situaciones análogas producen simpatías e imponen deberes análogos. Nos reunimos en la firme creencia de que las naciones americanas deben y pueden ayudarse recíprocamente más de lo que hasta ahora lo han hecho, y de que cada una de ellas encontrará provecho y utilidad en el ensanche de sus relaciones con las demás. Creemos que deberíamos aproximarnos más por medio de vías marítimas de comunicación, y que en no lejano día los sistemas de ferrocarriles del norte y del sur se juntarán en el istmo y unirán por tierra a todas las capitales comerciales y políticas de América. Creemos que la amistad declarada con ingenuidad y sostenida con buena fe suprimirá en los Estados americanos la necesidad de guardar las fronteras con fortificaciones y ejércitos. Creemos que los ejércitos permanentes mayores de lo que exigen el orden público y la seguridad interior deben ser desconocidos en los dos continentes. Creemos que la amistad, y no la fuerza; el espíritu justo de la ley, y no la violencia del motín, deben reconocerse como normas de gobierno en el seno de las naciones americanas y en sus relaciones recíprocas. Invocando la bendición de Dios todopoderoso para la obra patriótica y fraternal que se ha empezado aquí en bien de la humanidad, declaro terminada definitivamente la Conferencia Internacional Americana.» (*Conferencia Internacional Americana.*—Dicámenes de las Comisiones Permanentes y debates a que dieron lugar. Tomo I, páginas 37 a 41. Tomo II, páginas 1218 a 1200).

Conclusiones

1. El imperialismo ha traído el caos en el mundo

102. El proceso de la Historia ha consistido, pues, en una dependencia mutua económica cada vez mayor entre los pueblos de la Tierra; pero este estado económico no corresponde al estado político de las naciones:

La Doctrina Monroe y el Movimiento obrero

Por

Vicente Lombardo Toledano

Prof. de Filosofía en la Universidad Nacional de México

y 6. — Véanse las entregas 16, 18, 20, 22 y 23 del tomo en curso.

los Estados se han agrupado bajo la dirección de una potencia industrial, y mientras no acaba el «reparto» de mercados y de factores que aseguren la vida a cada grupo, la existencia internacional seguirá siendo un caos moral y una perpetua crisis económica para los pueblos.

2. Un nuevo sentido de la Historia

103. Pero ya, en el momento mismo de celebrarse la paz entre las naciones que hicieron la Gran Guerra (1918), un nuevo sentido de la Historia se levantó contra el programa imperialista: el clamor del proletariado mundial que exige una revisión de la actual organización, a base de justicia.

104. El Tratado de Paz que puso fin a la Guerra mundial (1914-18) firmado el día 28 de junio de 1919 en Versalles, contiene tres asuntos importantes:

a) El Tratado de Paz propiamente dicho, es decir, las recompensas para los vencedores y el castigo de los vencidos;

b) La creación de un Instituto permanente de arbitraje para resolver las dificultades futuras

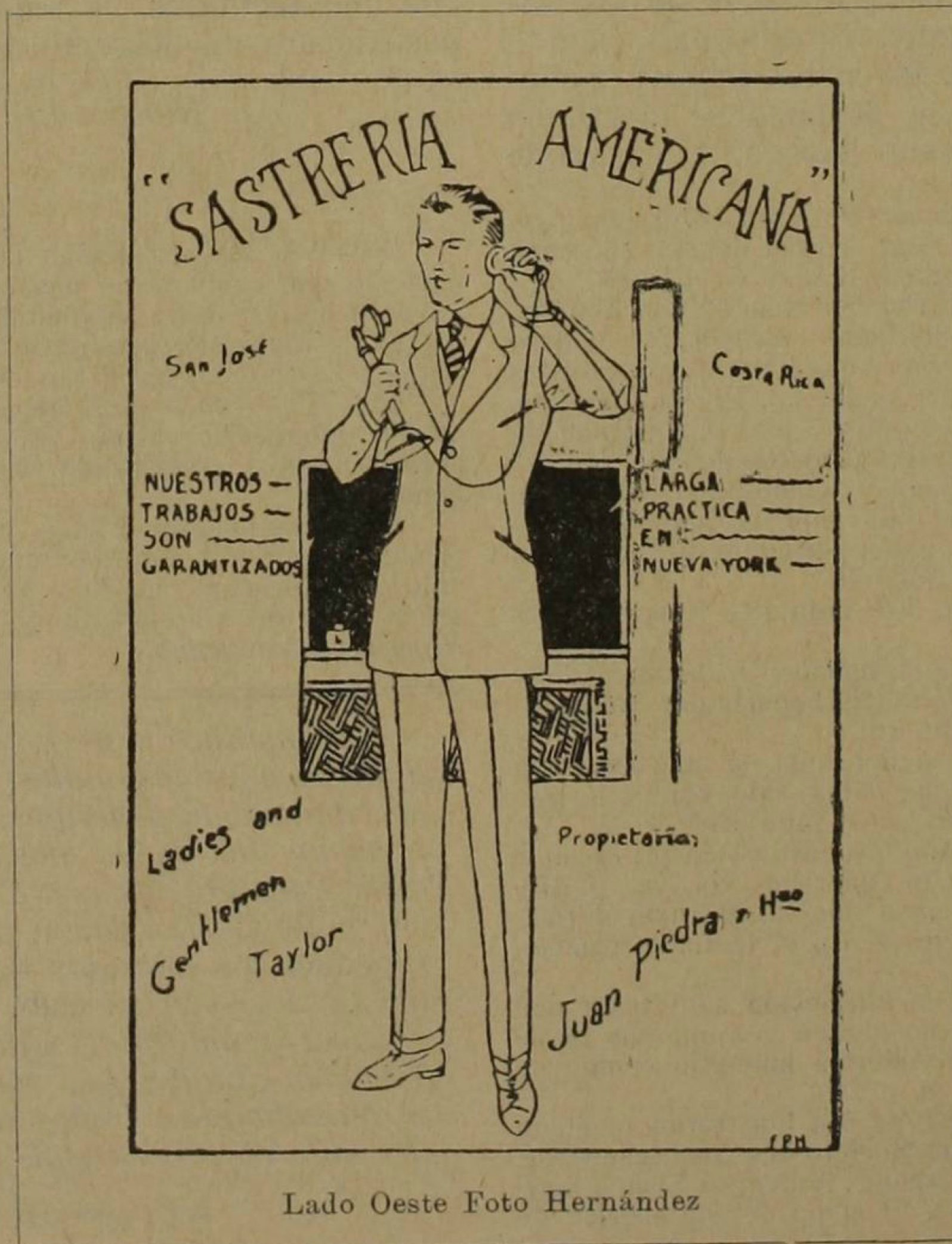
entre los Estados, o sea la Sociedad de las Naciones; Institución eminentemente política que si tiene en el fondo un anhelo de paz, está ujeta en su eficacia a la buena voluntad de las grandes potencias respecto de las pequeñas y con relación a su particular desarrollo económico;

c) La declaración pública, por la primera vez en la historia del Derecho Internacional, de que sin una revisión de la estructura social, a base de justicia social, será imposible la verdadera paz en el mundo. (Parte XIII).

105. La Parte XIII del Tratado de Versalles puede ser ineficaz si la guerra se presenta nuevamente o si los Estados Unidos persisten en no acatarla (no es este el momento de discutirlo); pero lo que tiene una enorme significación es el reconocimiento mundial de los derechos del proletariado. Dicen así los párrafos fundamentales de la Parte XIII.

«Siendo el objeto de la Liga de Naciones el establecimiento de la paz universal y no pu-

diendo ser ésta un hecho sin hallarse basada sobre la justicia social; y siendo así que las condiciones del trabajo existentes suponen, para gran parte del pueblo, injusticias, penalidades y privaciones que por el efecto del gran estado de inquietud que producen, ponen en peligro la paz y la armonía del mundo; y siendo requerida con gran urgencia una mejora de aquellas condiciones: por ejemplo, mediante la reglamentación de las horas de trabajo, incluso el establecimiento de un maximum por día y por semana, la reglamentación de las ofertas de empleo, las medidas para evitar la falta del mismo y para proporcionar salarios suficientes, las medidas de protección del obrero contra las enfermedades y accidentes del trabajo, de los niños, de los jóvenes y de las mujeres, las disposiciones relativas a la vejez y la incapacidad, la protección a los intereses de los obreros empleados en países distintos de los suyos, el reconocimiento del principio de la libertad de asociación, la organización de la educación técnica según la vocación individual, y otras medidas, etc. Además, el hecho de dejar una nación cualquiera de adoptar condiciones humanas de trabajo, constituye un obstáculo a la marcha de las otras naciones que deseen mejorar las suyas. Sección II.—Principios generales. Art. 427. Las Altas Partes Contratantes reconocen que la diferencia de climas, de costumbres y de usos, de oportunidad económica y de tradición industrial, hacen difícil la consecución, de una manera inmediata, de la uniformidad absoluta en las condiciones del trabajo. Pero convencidas, como lo están, de que el trabajo no debe ser considerado simplemente como un artículo de comercio, creen que hay métodos y principios para la reglamentación de las condiciones del trabajo, que todas las comunidades industriales deberían esforzarse en aplicar en cuanto lo permitan las circunstancias especiales en que se encuentren. Entre estos métodos y principios, las Altas Partes Contratantes consideran importantes y urgentes los siguientes: 1.º El principio directo, enunciado más arriba, de que el trabajo no debe ser considerado como una mercancía o un artículo de comercio; 2.º El derecho de asociación para todos los fines legales, tanto por los asalariados como por los patrones; 3.º El pago a los trabajadores de un salario que les asegure un nivel de vida conveniente, tal como se comprende en su país; 4.º La adopción de la jornada de ocho horas o de la semana de cuarenta y ocho horas como un fin que debe alcanzarse en todas las partes en que no haya sido logrado aún; 5.º La adopción de un descanso semanal de veinticuatro horas con minimum que deberá comprender al domingo siempre que esto sea posible; 6.º La



Lado Oeste Foto Hernández

supresión del trabajo de los niños y la obligación de imponer al trabajo de los jóvenes de ambos sexos las limitaciones necesarias para permitirles continuar su educación y asegurar su desarrollo físico; 7.º El principio del salario igual, sin distinción de sexo, por un trabajo de valor igual; 8.º Las reglas decretadas en cada país sobre las condiciones del trabajo, deberán asegurar un trato económico equitativo a todos los trabajadores que residan legalmente en el país; 9.º Cada Estado deberá organizar un servicio de inspección, del que formarán parte las mujeres, a fin de asegurar la aplicación de las leyes y reglamentos para la protección de los trabajadores. Sin proclamar que estos principios y estos métodos sean completos o definitivos, las Altas Partes Contratantes entienden que son a propósito para guiar la política de la Liga de Naciones y que, si son adoptados por las comunidades industriales Miembros de la Liga, y mantenidos intactos en la práctica, por un cuerpo adecuado de inspectores, derramarán beneficios duraderos sobre los asalariados del mundo entero». (*Tratado de Paz*. Primera edición española. Enrique Díaz Retg.—Edit. A. L. S. A., Barcelona, 1919).

3. La tarea de los obreros

106. Está demostrado, por tanto, que la existencia del Imperialismo es lo que impide el desarrollo armónico del mundo. Para combatir ese obstáculo, los trabajadores deben unirse en un solo gran grupo mundial, sin distinción de razas, de color o nacionalidad.

107. El dilema para los trabajadores de la raza blanca es: organizarse con el «peón chino», o aceptar el estado de «peón chino», que es para la mayoría de los hombres de la raza blanca, la última condición del hombre, la más humillante.

108. Y nosotros, los miembros de la Organización obrera mexicana, debemos no olvidar que la Doctrina Monroe (un simple aspecto del Imperialismo yanqui), no podrá combatirse sino combatiendo este Imperialismo en todas sus formas, y que, asimismo, siendo el Imperialismo yanqui un aspecto, a su vez, del Imperialismo mundial, nuestro programa debe ser el de unir a todos los trabajadores de América, primero, y después unir a los de América con los del resto del mundo.

4. Cuidemos nuestra nacionalidad

109. Pero por lo que ve a nuestra posición respecto de los Estados Unidos, debemos tener presente de un modo especial, que dos son los medios de conquista del Imperialismo: la balanza internacional económica y la cultura. Lo mismo perdemos nuestra nacionalidad permitiendo la explotación ilimitada de nuestros recursos naturales, que substituyendo nuestras características espirituales por ideas,

costumbres, principios o gustos estéticos venidos del Norte.

110. Para no sucumbir, lo que urge es hacer producir nuestro suelo previa una planificación de nuestros recursos naturales, y depurar nuestro espíritu (dejando en él lo que debe ser nuestro y arrojando lo ajeno), formar una conciencia nacional que no existe todavía (somos, en realidad, un conjunto de pueblos); trabajar, en suma.

111. La Revolución iniciada en 1910 tiene esta importancia capital: ha sido y es un descubrimiento de que México puede y debe formarse por los mexicanos. Esto no quiere decir que cerremos la puerta al extranjero y a lo extranjero; pero significa que mientras espere y aceptemos que todo venga del extranjero (desde el maíz hasta los libros de texto para las escuelas primarias), estamos trabajando en favor del Imperialismo.

112. Seamos, antes que nada, buenos obreros, maestros en cada oficio, buenos secretarios de sindicatos, buenos líderes. Cultivemos nuestra inteligencia y nuestro espíritu.

5. El Internacionalismo debe basarse en conocimiento

113. Ya hemos visto que de nada sirve juzgar un hecho social o las relaciones internacionales de cualquier época, sin conocer el proceso de la historia y las verdaderas causas de los acontecimientos sociales. Estudiemos, pues, estudiemos constantemente: superémonos todos los días; no divorciemos nuestro movimiento de la cultura: Cultura y Revolución deben ser, son términos semejantes.

114. La clase obrera mexicana tiene una enorme responsabilidad frente al Imperialismo yanqui: solo ella, unida a los trabajadores del mundo, podrá salvar a México. Pero si no se supera a sí misma, no lo podrá conseguir.

6. Nacionalismo y socialismo

115. Somos marxistas; pero estimamos que hay más cosas en el mundo de lo que pensó la filosofía de Marx. Creemos que sin ser alguien, sin tener personalidad, sin trabajar por la elevación de una clase, no se puede contribuir eficazmente a la libertad del mundo. Y México es, en la inmensa mayoría de sus habitantes, una sola clase social: el proletariado. Hagamos, pues, la patria del proletariado mexicano, para unirla a los proletarios organizados del mundo. Porque somos mexicanos pertenecemos al proletariado mundial; porque somos miembros del proletariado mundial somos mexicanos.

7. La federación obrera Pan-americana contra la Doctrina Monroe

116. Por tanto, no repitamos ya que sabremos morir, que si no tenemos armas las quitaremos al invasor, que seremos estoicos y valerosos frente al yanqui, como buenos descendientes de

Cuauhtemoc y Pelayo... Todo esto no tiene importancia.

117. Morir no tiene importancia. Lo importante es ser inteligente. Lo importante es trabajar y superarse día a día.

118. Frente a la Doctrina Monroe y a la Unión Pan-Americana, levantemos la Federación Obrera Pan-Americana que es la unión de todos los trabajadores del Continente americano.

119. *Fortifiquemos, depuremos e idealicemos la bandera de la Federación Obrera Pan-Americana: sólo ella que representa*

a casi todos los productores y consumidores de las industrias y del comercio yanqui, podrá domeñar el Imperialismo yanqui.

8. La vieja bandera: la única

120. Y convengamos en que la bandera inicial del Movimiento obrero mundial, ha sido, es y seguirá siendo la bandera de la C. R. O. M. y de la Federación Obrera Pan-Americana; así como el grito contra el Imperialismo yanqui y contra el Imperialismo de la Tierra es: ¡Trabajadores de todo el mundo, uníos!...

El gobierno de los intelectuales

Ante un centenario

EL 21 del próximo Junio se cumple el centenario de la muerte de Moratin. A Moratin debe la literatura: seis u ocho comedias, un volumen, corto, de poesías; una sátira en prosa, un trabajo de historia literaria... y un grueso volumen de cartas. De cartas finas, maliciosas, familiares, agudas, donosas; de cartas, verdaderas cartas, que sólo tienen par en las del padre Isla. Y acaso esas cartas—de las que debiera hacerse una edición separada, moderna, elegante—; acaso esas cartas, andando el tiempo, sean consideradas como lo mejor de Moratin. El autor de *La comedia nueva* es la figura más saliente a fines del siglo XVIII y principios del XIX. Feijóo, Isla, Moratin, Cadalso—no en lugar tan alto éste—, preparan el espíritu moderno de España. Y si Feijóo y el padre Isla están poco estudiados, no lo está más, desde cierto punto de vista, D. Leandro Fernández Moratin. La vida misma del poeta es altamente curiosa e instructiva. De una gran actividad, curioso—una vida curiosidad mental—viajero por toda Europa, lector infatigable, amante de la Naturaleza, apasionado bibliófilo, llega un momento en la vida de Moratin en que éste se encuentra en una posición espiritual singular. Nadie en su tiempo tan literato como él, tan artista, tan consagrado al arte, y, sin embargo, se nos aparece, en cierto período de su vida, frente a la sociedad de la literatura; o, mejor dicho, son los literatos los que se colocan frente a Moratin. ¿Causas políticas de esta hostilidad? Causas políticas podía acaso haberlas; pero, en el fondo, la pugna contra Moratin y los literatos (hoy diríamos intelectuales) obedece a ramas esencialmente literarias. ¿Podía un hombre tan fino, tan sutil, tan delicado como el autor de *La derrota de los pedantes* compaginar con ciertas características fundamentales de la sociedad literaria? Y hablo en términos generales. Más de un siglo después, Miguel de Unamuno publica en sus *Poesías*, (1907) un corto poema titulado *La Corte de los poetas*. Y yo no quiero citar ningún verso de los que figuran en ese poema; pero leyéndolo se conjetura que la situación espiritual del autor llega a ser la misma que la del Moratin en tiempo antiguo. Y no se diga que desde 1907 las cosas pueden haber variado; recientes manifestaciones, no privadas, sino públicas, impresas, nos demuestran lo contrario.

En 1787, desde París, escribe Moratin: «En Madrid siguen las guerrillas literarias con un encarnizamiento lastimoso; se tratan como verduleras, se escriben prosas y versos ponzoñosos, se ridiculizan unos a otros; se zahieren y se calumnian en términos que nada falta para llegar a los puños y concluirse las cuestiones de crítica y buen gusto con una tollina general. Ni sé lo que puede ganar con esto la instrucción pública, ni alcanzo cómo es posible que los que hacen profesión de literatos se olviden tanto de lo que enseñan la buena educación y la cortesía». Y en otras cartas posteriores Moratin habla con desdén de «la pandilla literaria y sentimental» y de «los omnicios de la Puerta del Sol». En 1928, igual panorama, en la sociedad de los literatos, que en 1787. Repito que Miguel de Unamuno, antes y ahora, no ha llegado menos lejos que el autor de *El sí de las niñas*. Las características fundamentales de la sociedad literaria se prestan a diversas reflexiones. Se habla frecuentemente del gobierno de los intelectuales; antes de pasar adelante hemos de advertir que la voz *intelectual*—con el carácter que se le da actualmente—nació con ocasión del proceso Dreyfus: Maurice Barrés lo explica y trata de la cuestión en un libro dedicado al nacionalismo. La voz *intelectual* reviste, quiérase o no, un matiz o sabor político. ¿Deben los intelectuales gobernar? ¿Cuál sería, poco más o menos, el gobierno de los intelectuales?

No nos tranquiliza—para contestar a estas preguntas—el hecho de que la sociedad literaria, antes y ahora, esté fraccionada en grupos, capillitas, pandillas, bandos que se combaten encarnizadamente unos a otros; no nos tranquiliza la lectura de *La Corte de los poetas*; no nos tranquiliza el hecho de que no haya podido fundarse o subsistir una agrupación de defensa y de cooperación

en cuanto a los intereses legítimos, sagrados, de la clase; no nos tranquiliza, en fin, la falta total, absoluta, completa de solidaridad entre los escritores. Visto de cerca, el panorama de la Sociedad literaria, antes y ahora, no puede ser más desconsolador. Y surge ante tal espectáculo la pregunta inevitable: si ésta es la triste realidad, ¿de qué modo pudieran tales elementos gobernar a un país? Si los escritores son incapaces—en España—de fundar y organizar un organismo para su defensa legítima, cuando todas las clases sociales lo tienen organizado—desde el obrero manual hasta los maestros elementales—, ¿cómo pretender que puedan regir los destinos de un país?

Y, sin embargo, los intelectuales que no pueden gobernar, gobiernan. Y ésta es la paradoja. Y así abrimos el pecho a la esperanza. Y de este modo somos justos e imparciales. ¡Pobre de una nación donde el espíritu que los artistas literarios crean se extingue! El verdadero gobierno de los literatos es fluido, impalpable, imponderable; poco a poco, a lo largo de las generaciones, se va creando en un país un ambiente especial que influye sobre la sensibilidad de la masa. Gracias a los poetas, novelistas, disertantes, dramaturgos, la sensibilidad general se modifica. Y la truculencia o la iniquidad que eran posibles en el siglo XII o en el XVI, no lo son en los tiempos modernos. Y quien, entre la gente literaria, sienta fervor por el oficio—por el arte—debe seguir laborando, independiente, libre, por encima de pandillas y de perfidias, sobrepuesto a rudezas y ramplonerías, solo, animoso.

Azorín

(A. B. C. Madrid).



LA EDAD DE ORO

Lecturas complementarias
para muchachos

(Suplemento al Repertorio Americano)

Historias de pájaros

(Vienen de la entrega anterior)

«Parece, pues—dijo Goethe—, que existe un gran afecto entre el joven cuclillo y el pequeño pueblo de los pájaros insectívoros».

«El amor de los insectívoros por el cuclillo es tan grande—repliqué—, que cuando se acerca uno al nido donde se cría un cuclillo, los pequeños padres adoptivos no saben qué hacer de espanto, miedo y pena. Especialmente algunos se desesperan de tal modo, que caen al suelo aleteando estremecidos».

«Es extraño; pero puede uno figurárselo—dijo Goethe—. Pero lo que parece muy problemático es que un insectívoro que va a empollar sus propios huevos permita que el cuclillo se acerque a poner el suyo».

«En efecto, es muy problemático; pero no tanto, si bien se mira—respondí—. Pues precisamente porque todos los insectívoros alimentan al cuclillo, y, por consiguiente, también los que no le han criado, se produce y mantiene entre ambos una especie de parentesco, de modo que se conocen y se consideran como miembros de una gran familia. Hasta puede suceder que el mismo cuclillo, a quien han empollado y criado una pareja de curruca el año anterior, venga este año a poner un huevo en su nido».

«Eso suena bien, aunque no se entienda gran cosa—dijo Goethe—. Pero lo que es maravilloso es que el cuclillo sea alimentado por pájaros que no lo han alimentado ni criado».

«Es maravilloso, sin duda—repliqué—. Pero, sin embargo, hay cosas análogas. Más aún: atisbo que actúa en este caso una ley que penetra toda la Naturaleza».

«Había yo cogido un pardillo demasiado crecido para ser alimentado por hombres, pero hartó joven para comer solo. Pasé medio día esforzándome en darle de comer; pero en vista de que no conseguía hacerle tomar nada, le metí con un pardillo viejo, excelente cantor, que poseía de hacía tiempo, y cuya

jaula estaba colgada en la ventana, hacia la calle. Pensaba que cuando el joven viese comer al viejo, quizás se decidiese a irse a la comida e imitarle. Mas no lo hizo así, sino que abrió el pico, dirigiéndose al viejo, y movió suplicante las alas, lo que conmovió al viejo, que se apiadó de él y comenzó a alimentarle como si fuera su propio hijo».

«Luego me trajeron una curruca gris con tres crías, que metí en una jaula grande, alimentando a la vieja las crías. Al día siguiente me trajeron dos ruiseñores jóvenes que ya volaban, y los metí también con la curruca, que también los adoptó. Al poco tiempo metí un nido con dos ruiseñores, ya próximos a volar, y después otro nido con cinco curruca. Los adoptó todos y los alimentó y cuidó como madre fiel. Tenía siempre el pico lleno de huevos de hormigas, y tan pronto estaba en un rincón de la espaciosa jaula como en otro, y en cuanto se abría una boquita hambrienta, estaba ya allí. ¡Más aún! Una de las crías más crecidas de la curruca comenzó a dar de comer a algunos de los pequeños jugueteando y de un modo infantil, pero ya con el decidido instinto de imitar a la excelente madre».

«Eso es, sin duda, algo divino—dijo Goethe—, que me produce un asombro gozoso. Si este hecho de alimentar a un extraño fuese una ley general de la Naturaleza, quedarían descifrados muchos enigmas, y podría decirse con razón que Dios cuida de los pajarillos abandonados».

«Sí; parece ser una cosa general—repliqué; pues he observado también en las aves en libertad esta compasiva alimentación y esta piedad con los abandonados».

«El verano pasado había cogido en las cercanías de Tiefurt dos jóvenes reyezuelos, que, probablemente, hacía poco tiempo habían abandonado el nido, pues estaban posados sobre una rama con siete hermanos, y eran alimentados allí por sus padres. Metí los pajarillos en mi pañuelo de seda y comencé a caminar en dirección de Weimar hasta la escuela de tiro, y luego torcí a la derecha, por la pradera, a la orilla del Ilm, pasando por el balneario, y luego a la izquierda, por el bosque. Aquí, pensé, tienes tranquilidad para ver lo que era de mis reyezuelos. Mas, al abrir el pañuelo, se me escaparon, perdiéndose entre la espesura, siendo vanos todos mis intentos para encontrarlos. A los pocos días volví a pasar casualmente por el mismo sitio, cuando oí cantar a un petirrojo; presumí que había un nido en las cercanías, que, en efecto, hallé tras alguna busca. Pero ¿cuál sería mi asombro al ver que en el nido, junto con las crías, ya a punto de volar, del petirrojo, estaban también mis dos reyezuelos, que se habían metido tranquilamente allí, y eran alimentados por el petirrojo viejo. Celebré extremadamente este hallazgo extraordinario. Pues que habéis sido tan inteligentes—me dije a mí mismo—y habéis sabido salir tan bien de vuestro apuro, y ya que los buenos petirrojos os han acogido con hospitalidad tan compasiva, no quiero deshacer vuestra dicha, sino que os deseo las mayores prosperidades».

«Es una de las más interesantes historias ornitológicas que he oído—dijo Goethe—. ¡Choque usted, siga usted viviendo y haciendo sus observaciones afortunadas! El que oyendo eso no cree en Dios, no podrán remediarle ni Moisés ni los profetas. Eso es lo que yo considero como omnipresencia de Dios, que ha esparcido y sembrado por doquiera una parte de su amor infinito e indica ya cómo brota en el animal lo que en el hombre noble llega a su más espléndida floración. ¡Continúe usted sus estudios y observaciones! Parece usted tener excelentes disposiciones para ello y puede conseguir resultados inapreciables».

Texto de ECKERMANN, en las *Conversaciones con Goethe*.

Noticia.—De las deliciosas y constructivas *Conversaciones con Goethe*, por Eckermann, tenemos ejemplares disponibles.
3 vols. en rústica \$ 6.00